

LOS ORÍGENES DE LA PROPUESTA MODERNIZADORA DE MANUEL GÓMEZ MORÍN¹

Soledad LOAEZA
El Colegio de México

DURANTE LA MAYOR PARTE DE SU EXISTENCIA el Partido Acción Nacional (PAN) ha vivido con una imagen pública que poco corresponde a su verdadera naturaleza, y que más ha servido a los objetivos del partido oficial de mantenerse como el único heredero de la tradición política de la revolución mexicana, que al mejor conocimiento de la organización partidista de oposición más antigua de México. El objetivo de este artículo es rastrear los orígenes del PAN situando a la organización dentro del contexto más amplio de las corrientes de pensamiento de las primeras tres décadas del presente siglo que nutrieron a sus fundadores, en particular a Manuel Gómez Morín, así como las coyunturas inmediatas que fueron formando un proyecto que se integró desde sus inicios como una propuesta de modernización alternativa a la que ofrecía el grupo triunfante de la Revolución en el poder.

Un buen número de autores que han estudiado el Partido Acción Nacional parten del supuesto de que fue una

¹ Este artículo forma parte de una investigación más amplia sobre el Partido Acción Nacional. Quiero agradecer a Mauricio y a Elena Gómez Morín su apoyo y generosidad con sus ideas y recuerdos, así como el acceso al Archivo Manuel Gómez Morín. A Javier Garcíadiego las innumerables conversaciones, cortas y largas, sobre el tema, y a Clara E. Lida en particular la pista a propósito de las similitudes entre el proyecto modernizador de Manuel Gómez Morín y la política de la dictadura de Miguel Primo de Rivera en España.

prolongación del conflicto Estado-Iglesia de los años 1926-1929. Este artículo sostiene, en cambio, que las relaciones entre Gómez Morín y el pensamiento católico, la Iglesia católica y las organizaciones católicas de la época eran más complejas y contradictorias de lo que supondría una relación de coordinación o de subordinación. El constructor de instituciones del México posrevolucionario que fue Gómez Morín, ya fuera en la administración pública o en el área de la empresa privada, estuvo dispuesto a establecer alianzas con los católicos militantes de los años treinta, pero nunca obedeció ninguna instrucción de las autoridades religiosas. Él tenía una idea más clara que sus aliados de la diferencia entre política y religión, así como de que la secularización era un presupuesto fundamental de la modernización del país, objetivo en el que creía firmemente y con el cual comprometió toda su vida profesional. Dentro de esta perspectiva el Partido Acción Nacional fue producto de la fractura que produjo el conflicto entre la universidad y el Estado posrevolucionario en la batalla por el México moderno. Aún así, en esos años la presencia de los católicos en la universidad era tan importante que Gómez Morín no pudo escapar a las contradicciones entre sus fines y los medios de que disponía para alcanzarlos.

La primera parte de este artículo identifica los orígenes intelectuales del pensamiento de Manuel Gómez Morín; la segunda, trata de identificar las bases de la ambivalencia de su relación con las organizaciones católicas.

EL PARTIDO ACCIÓN NACIONAL: UNA TERCERA VÍA POR LA DERECHA

*Agir en homme de pensée et penser en
homme d'action.*

HENRI BERGSON²

El Partido Acción Nacional fue una respuesta a los problemas de su tiempo. Como se ha insistido, sus orígenes llevan

² Citado en Nicolas BAVEREZ, 1993, p. 93.

la huella del anticardenismo pero también, y de manera no menos profunda, los rasgos de un contexto internacional polarizado entre la izquierda y la derecha, entre revolución y contrarrevolución, que empezó a configurarse a partir de los dos grandes acontecimientos con que se inició el siglo XX en Europa: la gran guerra y la revolución rusa. Las antinomias europeas habían aportado referentes para la lucha por el poder en México y para su interpretación, sobre todo a partir de 1917, en particular para los grupos revolucionarios que buscaron identificarse con las grandes corrientes internacionales en ascenso. La revolución mexicana poco o nada había tenido que ver con los lincaamientos de la Internacional Socialista, y más adelante con el modelo leninista, pero a ojos de muchos, tanto en el exterior como en México, tenía muchas similitudes con los movimientos revolucionarios que se desencadenaron en Europa después de 1919. Más tarde, el conflicto entre el Estado y la Iglesia en 1926-1929 colocó a los revolucionarios mexicanos entre los bolcheviques del mundo.

Esta imagen se reforzó al inicio de los años treinta. La radicalización de algunos grupos, cuya expresión concreta fue el Plan Sexenal 1934-1940 que se concluyó en la II Convención Nacional del Partido Nacional Revolucionario en diciembre de 1933, previo a la candidatura presidencial de Lázaro Cárdenas, reavivó la ideologización de las luchas políticas en los términos del debate internacional de la época. De esta manera, la oposición revolución/contrarrevolución se convirtió en un eje ordenador a partir del cual se configuraba el reacomodo de las fuerzas políticas internas.

Dentro de esta perspectiva la fundación del PAN en 1939 parece a simple vista la reacción inmediata al desafío cardenista. Sin embargo, los orígenes intelectuales de Acción Nacional son anteriores a la fundación del partido, y revelan la presencia en México de diversas corrientes de pensamiento a las que recurrían muchos que, bajo el cobijo de las influencias antiliberales y antisocialistas de la época, buscaban una tercera vía entre el capitalismo individualista y el colectivismo. Visto de esta manera el partido se explica ya no únicamente como el aglutinador de las resistencias

que provocaron las políticas cardenistas, sino que aparece como una organización con raíces profundas en las preferencias políticas de un sector de la sociedad al cual la hegemonía cultural de la revolución mexicana excluía de la lucha por el poder. Si el PAN hubiera sido únicamente una reacción anticardenista, no se explicaría su continuidad de más de 50 años en un medio autoritario.

Desde finales del siglo XIX el desarrollo de los capitalismos industrial y urbano en los países europeos impulsó la migración del campo a las ciudades. El impacto desintegrador del liberalismo decimonónico destruyó las bases del orden social tradicional, y se impuso la necesidad de encontrar formas de reorganización social que permitieran la integración a la política de los grupos sociales que, como el proletariado industrial, había creado la modernización económica. La expansión de la clase obrera puso en tela de juicio algunos de los presupuestos del liberalismo, por ejemplo, la primacía del individuo como núcleo original de la sociedad, o la idea de que la única responsabilidad del Estado era el mantenimiento del orden público. El socialismo pretendía responder a estos retos, cuya urgencia fue todavía mayor cuando se generalizó el efecto político más importante de la expansión de la vida urbana y de las actividades industriales: la difusión del ideal democrático. Este proceso impulsó el desarrollo del parlamentarismo, la multiplicación de las demandas por el sufragio universal y de las organizaciones sindicales, y el fortalecimiento del socialismo y de los partidos socialdemócratas como soluciones alternativas a las que el liberalismo podía proponer.

Después de 1919 la democratización de la política se impuso como un desafío insuperable para las instituciones liberales; con el triunfo de los bolcheviques en Rusia el progreso del socialismo parecía irresistible. Así quedaron plantadas las semillas del antagonismo que culminaría con la división del mundo entre izquierda y derecha en la década de los treinta.

El aumento de la participación de grandes grupos sociales en la vida pública suscitó diferentes reacciones defensivas que se fueron articulando gradualmente desde el

último tercio del siglo XIX en torno a la desorientación que se había apoderado de las élites tradicionales y de la burguesía ante, por una parte, la liquidación definitiva de cualquier proyecto de restauración del antiguo régimen y, por la otra, la insuficiencia del liberalismo para responder a los cambios económicos y sociales que anunciaba el nuevo siglo. Bajo la amplia denominación de “crisis de la civilización occidental”, este desconcierto animó la búsqueda de nuevas formas de organización social y política.

La fundación del Partido Acción Nacional se inscribe dentro de la búsqueda de una tercera vía entre el liberalismo y el socialismo, que se inició mucho antes de que apareciera la organización en 1939. El partido fue la culminación de un proyecto largamente reflexionado por Manuel Gómez Morín como respuesta a muchos de los problemas que planteaba la destrucción del antiguo orden y la necesidad de imaginar nuevas formas de reorganización social. En México este fenómeno no había sido, como en Europa, consecuencia de la industrialización, sino de un hecho político: el movimiento revolucionario que había provocado dislocaciones semejantes a las que la modernización económica había acarreado en el continente europeo. Así, entre los problemas que entonces enfrentaban las sociedades europeas y la mexicana podían establecerse algunas analogías, en particular en cuanto a la necesidad de encontrar soluciones de integración política para grandes grupos sociales. El PAN fue, en cierta forma, una respuesta tardía a la democratización de la política, similar a las que surgieron en Europa en el siglo XX entre quienes encontraban insuficiente el liberalismo y repudiaban el socialismo.

La búsqueda de una tercera vía no dio origen nada más al PAN. Muchos fueron los proyectos que se formularon con la intención de encontrar soluciones intermedias, incluso la Constitución de 1917 propone una combinación de garantías individuales y derechos sociales que perseguía reconciliar estrategias y objetivos asociados con los modelos dominantes en la época. El régimen posrevolucionario atribuyó facultades extraordinarias al Estado, elevó las políticas de protección a obreros y campesinos, la promoción

de sus intereses y el anticlericalismo a rango constitucional, pero ni siquiera estas características hubieran permitido categorizarlo como socialista.

En realidad la reconstrucción posrevolucionaria siguió los mismos rumbos autoritarios —independientemente del signo ideológico al que se acogieran— que otros países eligieron entonces, para lanzarse por la vía de la modernización. Estas “revoluciones desde arriba” podían hacerse en nombre del engrandecimiento de la nación o de la liberación del proletariado internacional, pero coincidían en el rechazo al liberalismo, al parlamentarismo y a la convicción de que sus objetivos demandaban la acción de un ejecutivo fuerte y de una estructura política jerarquizada como instrumentos indispensables para imponer el cambio, al mismo tiempo que introducían legislaciones sociales controladas que les aseguraban la adhesión de las clases populares. Las similitudes entre regímenes que ostentaban fidelidades ideológicas opuestas y hasta antagónicas, de izquierda y de derecha, se explican porque trataban de responder a los problemas de la sociedad de masas. No obstante, el paralelismo de las respuestas no anulaba las obvias diferencias que separaban al socialismo del fascismo en cuanto a temas centrales como las relaciones de propiedad, su mutua hostilidad, ni el hecho de que se nutrían de fuentes intelectuales diferentes.

LA PROPUESTA GOMEZMORINIANA

En el origen del PAN se ha identificado una dualidad encarnada por el doble liderazgo, uno laico y otro religioso, de Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna, respectivamente, las dos figuras clave en la constitución del partido.³ Sin embargo, y sin negar la importancia del segundo en la construcción de la identidad panista, es preciso reconocer en el nacimiento de Acción Nacional la búsqueda personal de Manuel Gómez Morín, que desde muy joven se propu-

³ Véase ARRIOLA, 1994, pp. 9-28.

so participar activamente en la construcción del México posrevolucionario. En 1949 Efraín González Luna describió en estos términos la relación entre Acción Nacional y la figura de Gómez Morín:

Manuel Gómez Morín escuchó la Voz, vio el camino, se entregó total e irrevocablemente a la empresa, reclutó el equipo inicial, erigió la estructura doctrinal, movió las almas tras el ideal resucitado o recién nacido, dio vida y dirección a Acción Nacional durante poco más de un decenio, instauró métodos y estilos, definió objetivos, fue jefe y recluta, maestro y aprendiz, propagandista y candidato, periodista y tribuno, ejemplo, estímulo, animador infatigable, amigo generoso y fiel camarada en la noble faena. Sigue y seguirá siendo la personificación de una obra que él mismo ha sido el primero en defender del peligro de la dependencia personal.⁴

La prolongada asociación entre ambos personajes—González Luna y Gómez Morín— parece haber sido de mutuo respeto y apoyo, así como de ininterrumpida colaboración, como si entre ellos se hubiera establecido una división del trabajo según la cual el primero generaba la doctrina del partido, y el segundo se ocupaba de insertar la organización en el sistema político, creando las redes y los vínculos que le darían vida. Esta relación complementaria, que hoy parece evidente, no lo era tanto en 1939 cuando las diferencias entre ellos eran tan grandes como sus convergencias, y sólo disminuirían con el paso del tiempo —y no del todo— bajo el peso de las cambiantes circunstancias en las que se desarrolló la primera década de Acción Nacional.

Hasta entonces sus trayectorias personales habían seguido direcciones muy apartadas. La de Gómez Morín, obsesionado desde su juventud por la “acción” y el “impulso” para participar en la vida pública, se había iniciado en el ámbito de las funciones gubernamentales,⁵ y luego había con-

⁴ GONZÁLEZ LUNA, 1950, p. xiv.

⁵ Según Javier Garcíadiego, en 1920 Manuel Gómez Morín tomó la decisión de colaborar con Salvador Alvarado en la Secretaría de Hacienda. Estuvo inspirado por el impulso innovador de “[...] gente como Álvaro Obregón, Salvador Alvarado y José Vasconcelos [...] [con quie-

tinuado en el periodismo y en la política, administración y docencia universitarias en la capital de la República, desde donde adquirió la estatura de una figura nacional. En cambio, González Luna, que rara vez abandonaba la ciudad de Guadalajara, estuvo desde muy joven ligado a la militancia católica en el estado de Jalisco,⁶ a la reflexión religiosa y a la especulación filosófica, su "...pensamiento [...] respondía a una actitud profundamente religiosa, habiendo asumido la actividad política como un deber e incluso como una carga que violentaba sus hábitos y aficiones".⁷

Entre ellos había discrepancias en torno a temas importantes como la relación entre política y religión, o entre política y economía, pero González Luna parece haber aportado al proyecto gomezmoriniano el entramado axiológico y filosófico que su autor había buscado durante más de una década, de hecho desde el inicio de su vida profesional. Al igual que muchos otros miembros de su genera-

nes] compartía la concepción de que la Revolución era constructiva, educativa, cultural y moral". Pensaba que había llegado el momento de "convertir en orden el caos". Citado en Javier Garciadiego, "Manuel Gómez Morín en los veintes: del abanico de oportunidades al fin de las alternativas". Documento mimeografiado (mar. 1996). Este trabajo también contiene una detallada descripción de los primeros años de la vida profesional de Manuel Gómez Morín como funcionario público y como universitario.

⁶ Aparentemente desempeñó un papel muy activo en la organización de los sindicatos católicos en Guadalajara donde desde el periodo madeirista la arquidiócesis apoyó la movilización católica para instaurar una política social efectiva. González Luna participaba, con antiguos miembros del Partido Católico Nacional, en reuniones y conferencias organizadas por la Confederación Católica del Trabajo, fundada en 1920. Véase CEBALLOS RAMÍREZ, 1991, pp. 70-81.

⁷ ARRIOLA, 1994, p. 15. El 20 de noviembre de 1951, al aceptar la candidatura del partido a la presidencia de la República, González Luna pronunció un discurso en el que resuenan los ecos de la oración de Jesús en el Huerto de Getsemaní: "Acepto la carga que pone el Partido sobre mis hombros. Acepto encabezar esta jornada a la ciudadanía libre de México [...] No desconozco mis limitaciones y mis carencias, mi desproporcionada insignificancia frente a tarea abrumadora, frente a la dignidad aplastante [...]" "Discurso de Efraín González Luna", en *La Nación* (26 nov. 1951), año XI, núm. 528, pp. 16-17.

ción, Gómez Morín creía que la revolución de 1910 había abierto una oportunidad creativa, y que México estaba en el umbral de un gran principio de “[...]un *sino*, de un peculiar modo de ser, de una íntima razón que impulsa la historia de México”.⁸ Sin embargo, consideraba que la realización de este destino requería de una orientación, de una ideología que integrara y precisara los

[...] vagos deseos y la indefinida agitación que nos tienen conmovidos hasta el malestar físico. Una ideología de la vida mexicana, de los problemas que agitan a México. Una ideología sin mistificaciones de oratoria, adecuada a propósitos humanos, que resuelva en la acción y no en la literatura, las graves contradicciones que estamos viviendo.⁹

Su experiencia como funcionario público durante la década de los veinte le había dejado en primer lugar una honda preocupación por lo que consideraba la ausencia de “[...] un criterio de verdad, un método y una actitud fundamental [...]”,¹⁰ que orientara las acciones de gobierno, y esta inquietud se tradujo en la persistente búsqueda de un cuerpo de ideas rectoras que sustentaran intelectual y moralmente la acción pública.

A este respecto no se insistirá demasiado en subrayar que la modernización era una de las preocupaciones fundamentales de Gómez Morín, aunque rara vez utilizara la palabra. Sin embargo, su participación en la construcción de instituciones hacendarias modernas, su insistencia en deslindar la técnica de la política, y en general, su abierta preferencia por la despersonalización y despolitización de las decisiones de gobierno, es decir, por la institucionalización de las funciones administrativas del Estado, revela una auténtica pasión por el cambio y por el futuro, pero dentro de cauces que garantizaran el orden. En 1931 dictó una conferencia ante estudiantes preparatorianos en la que afir-

⁸ GÓMEZ MORÍN, 1927, p. 24.

⁹ GÓMEZ MORÍN, 1927, p. 32.

¹⁰ GÓMEZ MORÍN, 1927, p. 33.

mó que la filosofía moderna era de la *acción* que para Gómez Morín era el signo de los tiempos:

[...] todas las organizaciones políticas y económicas modernas, parlamentarismo y democracia, capitalismo y sindicalismo, régimen funcional y corporativo, que es la bandera negra del fascismo, y régimen de soviets y de dictadura del proletariado, que es el lábaro rojo del comunismo, todas son organizaciones y doctrinas de acción.¹¹

Asimismo, en esa conferencia criticó violentamente la noción de *movimiento* que, según él era

[...] democracia atómica del número y del contrato, y movimiento en el protestantismo de rebeldías dispersas y en el capitalismo de la concurrencia ciega y el maquinismo ciego [...] Y mero movimiento en fin, la Revolución mexicana, si sigue siendo violencia inútil y palabrería vana [...].

porque podría tener un término, pero a diferencia de la “acción” no tenía un fin, porque si era claro el impulso, no había pensamiento, ni conciencia de sus medios o de sus propósitos.¹² A la ausencia de doctrina hay que atribuir su desencanto con una revolución que había consumido a sus propios hijos, porque lo único que le interesaba era el poder. Según Gómez Morín, los males de la Revolución (la vulgaridad, la venalidad administrativa y el peculado) no se debían a la acción “[...] Le son contrarios [...]”.¹³

¹¹ Manuel Gómez Morín, “Conferencia a la Federación de Estudiantes del Distrito Federal. ¿Cuál debe ser en el momento actual la posición y actitud de la juventud estudiantil?” Anfiteatro Bolívar, México, D. F. (30 abr. 1931.) AMGM, 561/1769.

¹² Manuel Gómez Morín, “Conferencia a la Federación de Estudiantes del Distrito Federal. ¿Cuál debe ser en el momento actual la posición y actitud de la juventud estudiantil?” Anfiteatro Bolívar, México, D. F. (30 abr. 1931.) AMGM, 561/1769.

¹³ Manuel Gómez Morín, “Conferencia a la Federación de Estudiantes del Distrito Federal. ¿Cuál debe ser en el momento actual la posición y actitud de la juventud estudiantil?” Anfiteatro Bolívar, México, D. F. (30 abr. 1931.) AMGM, 561/1769.

La búsqueda de ideas, de un proyecto nacional concreto, acercó a Gómez Morín a las propuestas de modernización conservadora de la época, asociadas con el pensamiento católico; esa misma ansiedad le inspiró una sincera admiración por la dictadura desarrollista del general Miguel Primo de Rivera en España; y por último lo llevó hasta Efraín González Luna y a una alianza con los católicos que cristalizó en la fundación del PAN, pero en relación con la cual siempre mantuvo actitudes ambivalentes dada su firme convicción de que la política y la religión pertenecían a campos distintos. Sin embargo, dos de los más importantes proyectos de su vida, la autonomía universitaria y el partido político, le impusieron la asociación con organizaciones católicas que le ofrecían recursos ideológicos y políticos, pero más por necesidad que por virtud. Esta misma ambivalencia la transmitió a la organización partidista y se ha hecho presente de diferentes maneras en la historia de Acción Nacional.

GÓMEZ MORÍN Y GONZÁLEZ LUNA:

¿DOS PROYECTOS POLÍTICOS Y UN SOLO PARTIDO?

El encuentro de Gómez Morín con González Luna tuvo como punto de partida la amplia familia de ideas que el pensamiento católico había generado desde finales del siglo XIX, cuya presencia en México era notable, tomando en cuenta que incluso desde antes de 1917 los católicos organizados fueron uno de los enemigos, más o menos identificable y consistente, de los revolucionarios en el poder. Por esta misma razón, y de manera casi inevitable el referente católico, por lejano que fuera, se convirtió en uno de los veneros del pensamiento opositor mexicano.

Una de las particularidades más notables de la revolución mexicana fue la caída de la dictadura de Victoriano Huerta que en 1916 significó la derrota casi total de las fuerzas identificadas con el porfiriato, esto es, con la contrarrevolución. A partir de entonces la arena política quedó restringida a las luchas entre las facciones revolucionarias. La

oposición revolución/contrarrevolución, que fue el punto de fractura de las sociedades europeas de la primera posguerra, en México se limitó a ser material de revestimiento de los conflictos estrictamente políticos entre grupos que se identificaban con el movimiento de 1910, porque aunque los católicos organizados eran la única fuerza de oposición más o menos coherente, después de 1915, y sobre todo de 1929, habían quedado políticamente marginados. Sin embargo, su expulsión del proyecto de construcción posrevolucionaria no extinguió su lucha ni su vitalidad.

El anticlericalismo del Estado revolucionario fue un vivo acicate al activismo católico que entre 1919-1925 mostró una fuerza sin precedentes en la proliferación de las organizaciones de laicos que se pusieron en pie de lucha.¹⁴ Sin embargo, como su participación política había quedado sellada por la ilegitimidad, sus actividades no condujeron como en otros países a la formación de un partido demócrata cristiano o social cristiano, como los que auspició el resurgimiento general de las organizaciones católicas en esos años. No se restableció el Partido Católico Nacional (PCN), que cayó en desgracia con el huertismo, y que hubiera podido renacer con otro nombre; después de la guerra cristera su restablecimiento era por completo impensable.

Para explicar esta ausencia, que parece enorme dada la importancia de la fractura política que provocó en la sociedad mexicana la lucha entre el Estado y la Iglesia, también hay que tomar en cuenta las propias ambigüedades del Vaticano de la época, relativas a la participación de la Iglesia y de los católicos en la política de partidos, que crea-

¹⁴ “[...] Para mediados de 1925, seis meses después de que Obregóndejó la presidencia, el catolicismo social mexicano había alcanzado un alto nivel. Eran cuatro las organizaciones en las que se fundamentaba ese catolicismo: la Unión de Damas Católicas que contaba con 216 centros regionales y locales y 22 885 socias; la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) con 170 grupos y 7 000 socios; la Orden de Caballeros de Colón con 51 consejos y 5 000 socios, y finalmente, la Confederación Nacional Católica del Trabajo con 384 agrupaciones y 19 500 socios.” CEBALLOS, 1991, p. 68.

ban confusiones y divisiones entre los católicos. En 1922 el papa Pío XI creó la Acción Católica, “para fundar el reino social de Cristo”, con el propósito de proteger a la Iglesia de las querellas políticas y de no imponerle “las fronteras estrechas de un partido”.¹⁵

Sin embargo, la inexistencia de una organización política para los católicos mexicanos no frenó su reflexión inspirada por la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII, que había sido publicada en 1891 —cuyas ideas serían expresadas en los términos del contexto de la crisis de la entreguerra en 1931 en la encíclica *Quadragesimo Anno* de Pío XI. Este documento fue, y sigue siendo, la piedra de toque de la doctrina social de la Iglesia. A partir de un severo diagnóstico de la miseria en la que vivían “las clases inferiores”, el papa criticaba la destrucción de las corporaciones y el laicismo, así como la concentración de la riqueza. Por otra parte, señalaba que el socialismo no aportaba verdaderas soluciones a estos problemas porque atacaba derechos y comunidades naturales que eran, por consiguiente inviolables, como el derecho a la propiedad o el lugar de la familia como fundamento de la sociedad. Según León XIII era necesario defender el carácter orgánico de las sociedades cuyos integrantes eran como los miembros del cuerpo humano y estaban, por consiguiente, destinados a funcionar de manera armoniosa.

Lo excepcional de *Rerum Novarum* en términos de la evolución del pensamiento católico es su sentido reformista, pues no obstante que defiende instituciones tradicionales, también insiste en el derecho del Estado, como responsable del “bien común” a intervenir en el funcionamiento de la sociedad “para proteger la salvación y los intereses de la clase obrera”,¹⁶ y en el derecho de los trabajadores a demandar mejores salarios y condiciones laborales. El papa juzgaba deseable la intervención estatal para regular las relaciones obrero-patronales, pero consideraba preferible que la solución de los conflictos queda-

¹⁵ MAYER, 1980, p. 107.

¹⁶ MAYER, 1980, p. 53, *passim*.

ra en manos de las “corporaciones o sindicatos”, que según él son asociaciones de derecho natural que también debían contribuir “al perfeccionamiento moral y religioso” de la sociedad así organizada.¹⁷

Las enseñanzas de León XIII tuvieron una amplia proyección en los ámbitos político y social de la época y de las décadas siguientes, porque aportaron la base para la organización de la participación política de los católicos. Pero su alcance fue todavía más allá de la intención original del pontífice, que era contribuir a la edificación de instituciones fieles a la moral cristiana, porque *Rerum Novarum* también fue una fuente de inspiración para movimientos no religiosos que compartían la hostilidad al liberalismo y al socialismo, y que veían en la noción de “democracia orgánica”, o en la propuesta de organización corporativa de la sociedad, elementos útiles para la integración de un modelo autoritario.

Aunque puede afirmarse que *Rerum Novarum* es la matriz de las ideas que dieron nacimiento al PAN en 1939, esto no significa que la organización pudiera ser identificada entonces como un partido social cristiano o siquiera demócrata cristiano. Las motivaciones de Manuel Gómez Morín poco tenían que ver con la construcción de instituciones al servicio de la Iglesia o de la moral cristiana. Partía de algunos de sus presupuestos y tomaba prestadas algunas de sus ideas, pero su propuesta es más afín con las corrientes políticas de la época que preconizaban el establecimiento de aristocracias del conocimiento, como reacción elitista a la democratización de la política, que a la doctrina social católica.

Rerum Novarum generó una amplia diversidad de propuestas políticas, tanto laicas como religiosas, uno de cuyos ejemplos fue la llamada dualidad intelectual de Acción Nacional. Pero también se presentó entre las fuerzas anti-socialistas que en esos mismos años levantaron la cabeza en Argentina, Chile, España, Francia y muchos otros países en donde la reacción fue al principio desordenada, pues el

¹⁷ MAYER, 1980, p. 53, *passim*.

surgimiento de la Unión Soviética y la consecuente movilización de la izquierda como una fuerza de alcance internacional, fueron un golpe certero al pensamiento conservador tradicional. El efecto condujo a divisiones y fracturas entre movimientos y partidos de inspiración cristiana y una derecha fundada en bases no religiosas, civiles o militaristas.¹⁸

Este tipo de divisiones también se produjo en México, entre los miembros de la jerarquía católica y los grupos fieles al catolicismo intransigente del siglo XIX que se mantenían firmes en el combate contra el anticlericalismo; y aquellos que en la temprana posrevolución se oponían al movimiento revolucionario, pero no buscaban la restauración del antiguo régimen, sino que habían sido permeados por los cambios en el pensamiento católico que se había propuesto también encontrar respuestas a los cambios sociales del nuevo siglo, distintas a las que ofrecía el grupo en el poder y conforme a los lincamientos de la política vaticana al respecto y de la encíclica del papa León XIII, *Rerum Novarum*.¹⁹ La proyección de esta fractura en el seno de la comunidad católica fue la fundación de la Unión Nacional Sinarquista en 1937, que fue organizada por los más recalcitrantes que repudiaban los arreglos de 1929, como respuesta del catolicismo ultraconservador a la revolución.²⁰

La huella del pensamiento católico en Gómez Morín y González Luna está presente en primer lugar, en la preocupación de ambos que expresaba el apotegma del pensador católico Charles Péguy²¹ de que “La revolución será moral o no será”; luego, en la creencia de que era deseable, y posible, diseñar una tercera vía entre el individualismo y el colectivismo; también la convicción de que el liberalismo —al que consideraban la gran tragedia del siglo XIX— era

¹⁸ Véase ROCK, 1993; LETAMENDIA, 1989; PRESTON, 1994; ROBINSON, 1970, y WEBER, 1994.

¹⁹ Véase CEBALLOS RAMÍREZ, 1991.

²⁰ Véanse LUDLOW, 1989, pp. 4-15 y MEYER, 1977.

²¹ Charles Péguy (1873-1914), autor también de una de las frases preferidas en los discursos poéticos de Manuel Gómez Morín, de que la política consistía en “mover las almas”, inició su vida política como editor

una propuesta esencialmente destructiva. De origen católico era su visión organicista de la sociedad y la creencia de que era necesario introducir reformas sociales que pusieran un dique al avance del socialismo, y la fe en la fuerza de los valores como el orden y la autoridad, así como la creencia de que las normas de la moral pública deberían estar en manos de la Iglesia.

Sin embargo, Manuel Gómez Morín y Efraín González Luna tenían discrepancias muy significativas respecto al papel que cada uno asignaba a la religión católica, ya que mientras para el primero, el catolicismo era la esencia de la nacionalidad y, por lo tanto, el componente de una determinada identidad política y cultural, para el segundo, la religión y la doctrina de la Iglesia eran el marco general de una reflexión amplia, entre cuyos apartados se encontraban la cultura y la política.

Como es evidente esta diferencia no era menor de ninguna manera, pues mientras que las ideas y propuestas de González Luna estaban firmemente ancladas en el catolicismo social que se había desarrollado en Francia desde el último tercio del siglo XIX, los planteamientos de Gómez Morín referentes a los deberes de su generación, a las motivaciones y el sentido de sus iniciativas políticas y a la defensa de una tradición "auténticamente nacional" se apoyaban en una combinación de ideas y soluciones que entonces ofrecía el variado espectro de las derechas europeas, que incluía el reformismo católico, el dirigismo tecnocrático y nacionalista de Charles Maurras,²² la filosofía

de la revista socialista *Cahiers de la Quinzaine* que era el órgano de difusión de muchos escritores de izquierda desde su fundación en 1897. Discípulo de Henri Bergson se mantuvo siempre fiel a la filosofía de la intuición de su maestro, pero evolucionó del socialismo a un nacionalismo casi místico. Al mismo tiempo se convirtió en uno de los críticos más severos de la Iglesia católica a la que le reprochaba la distancia que la separaba de la clase obrera y su alianza con los ricos. Véase PIERRARD, 1984, pp. 496-497.

²² Charles Maurras, continuador de las ideas ultranacionalistas de Maurice Barres, fundador de la "liga de ciudadanos" nacionalista y monárquica *L'Action Française* en 1908, tuvo una gran influencia entre los

del intuicionismo de Henri Bergson²³ y el vitalismo de José Ortega y Gasset.²⁴

La fundación del PAN revela sobre todo la influencia de estos dos últimos pensadores sobre Gómez Morín, en particular en relación con el rechazo al positivismo, al materialismo, y la recuperación del espiritualismo, del yo profundo y la primacía de una acción inspirada en un impulso vital de origen oscuro,²⁵ con base en la creencia de

escritores franceses de la época. Charles Maurras era un autor admirado por André Gide, Apollinaire, Anatole France y respetado por los jóvenes de la posguerra, Georges Bernanos, Henri de Montherlant y André Malraux. En 1924 el Vaticano incluyó en el *Index* la publicación de *L'Action Française* porque consideró que Maurras ponía la religión al servicio de un movimiento político. La condena fue una catástrofe para el movimiento, que también se vio afectado por la defección de jóvenes católicos que como Jacques Maritain habían ingresado con la esperanza de formular una "política cristiana" que restaurara la noción "[...] de los Derechos de Dios en la sociedad y en el Estado". Véase HAMILTON, 1971, pp. 205, *passim*.

²³ Henri Bergson (1859-1941) fue uno de los filósofos dominantes en Francia después de 1918. Enemigo del materialismo y del determinismo histórico, el pensamiento de Bergson enfatiza la iniciativa individual, la energía, el impulso vital (*l'élan vital*). Sus ideas eran muy atractivas para los jóvenes no conformistas de los años treinta que se proponían crear e innovar, que creían en la fuerza de la técnica. La influencia de Bergson aumentó considerablemente después de que en 1927 obtuvo el Premio Nobel. Véase WEBER, 1994, pp. 209-211.

²⁴ José Ortega y Gasset (1883-1955) ha sido considerado "el filósofo máximo de la España moderna". Inscrito dentro de la tradición del regeneracionismo, de la Institución Libre de Enseñanza y de la Generación de 1898, se formó en el neokantismo y la fenomenología. En un artículo titulado "Autenticidad y vocación", escrito en 1933, afirmaba: "[...] Nos construimos exactamente, en principio, como el novelista construye sus personajes. Somos novelistas de nosotros mismos (*es decir, a través de la acción*) [...] Esos diversos programas de vida que nuestra fantasía elabora, y entre los cuales nuestra voluntad, otro mecanismo psíquico, puede libremente elegir, no se nos presentan con un cariz igual, sino que una voz extraña, emergente de no sabemos qué íntimo y secreto fondo nuestro, nos llama a elegir uno de ellos y excluir a los demás [...]". ORTEGA Y GASSET, 1991, p. 250.

²⁵ Henri Bergson escribía "Queremos saber [...] en virtud de qué tomamos una decisión y encontramos que tomamos la decisión sin razón ninguna, tal vez en contra de la razón. Pero ésa es precisamente en algu-

que “[...] la razón marcha siempre a la zaga de la vida”.²⁶ El conocido ensayo *1915* que publicó en 1926, que invita a su generación a comprometerse con el mundo de la “acción” y de la “técnica”, compromiso que fue a lo largo de su vida su mayor aspiración y también su mayor nostalgia, lleva la huella de Bergson y de Ortega y Gasset:

Una generación es un grupo de hombres que están unidos por [esta] íntima vinculación quizá imperceptible para ellos: la exigencia interior de hacer algo, y el impulso irreprímible a cumplir una misión que a menudo se desconoce, y la angustia de expresar lo que vagamente siente la intuición, y el imperativo de concretar una afirmación que la inteligencia no llega a formular; pero que todo el ser admite y que tiene un valor categórico en esa región donde lo biológico y lo espiritual se confunden.²⁷

Si Henri Bergson y José Ortega y Gasset le aportaron a Gómez Morín elementos para definir una actitud vital, la visión de la sociedad orgánica de Charles Maurras, esencialmente antividualista, y de los católicos como González Luna, le aportaron un marco de organización para imaginar a la nueva sociedad política. Con este apoyo adoptó la creencia de que la sana organización social parte de la familia, desde donde se erige una armoniosa jerarquía de cuerpos intermedios (administrativos como el municipio, religiosos, universitarios, y sobre todo, profesionales, es decir, las corporaciones) que culmina con el Estado tutelar, la autoridad paternalista por excelencia, cuya única limitación son los privilegios de las corporaciones, que ofrecen una estructura preventiva de las divisiones internas de la nación que provocan huelgas y paros patrona-

nos casos la mejor razón, pues la acción cumplida [...] responde al conjunto de nuestros sentimientos, de nuestros pensamientos y de nuestras aspiraciones [...]”. Citado en BAVEREZ, 1993, p. 451.

²⁶ GÓMEZ MORÍN, 1928, p. 68.

²⁷ GÓMEZ MORÍN, 1927, p. 28. En la conferencia antes citada que pronunció en 1931 ante los estudiantes preparatorianos del Distrito Federal, Gómez Morín cita tres veces a Bergson.

les.²⁸ En palabras de Efraín González Luna, entendían la vida social como

[...] una jerarquía armónica de medios naturales para la realización de propósitos [...] como una articulación orgánica de etapas, cada una de las cuales presupone a la anterior y necesita respetarla... Así se nos presentan como realidades claras, naturales, espontáneas, la familia primero, la ciudad o el municipio después, la provincia más tarde; las organizaciones para fines especiales, como religiosos, científicos, culturales, de profesión o de trabajo, hasta que llegamos a la forma social adulta, plena, madura que contiene en sí todos los caminos y todas las posibilidades para el hombre, todos los orbes sociales en que la vida humana acontece [...] esta es la Patria, esta es la Nación [...]²⁹

Maurrassiano también es el discurso descentralizador, la idea de la primacía de la representación territorial, léase municipal, para garantizar la participación de los diferentes intereses corporativos, y que será desde los orígenes uno de los temas panistas por excelencia, como es maurrassiana la idea de que era preciso armonizar la tradición, cuya expresión última es la nación, con la técnica. La insistencia gomezmoriniana en la importancia de la técnica,³⁰ recuerda el “empirismo organizador” de Maurras y su defensa de la

²⁸ El capítulo VI del Primer Programa del PAN referido al tema trabajo, establece que el Estado está obligado a sancionar y a garantizar la obligación y el derecho al trabajo, y que, en consecuencia debe impedirse todo acto que sin justificación plena de acuerdo con el bien común interrumpa o suspenda el ejercicio de ese derecho o haga imposible el cumplimiento de esa obligación.

²⁹ Efraín González Luna, “Discurso pronunciado en la Primera Convención Regional de Acción Nacional”, celebrada el 7 y 8 de enero de 1940. Tampico, Tamaulipas. Citado en *Boletín de Acción Nacional* (1º abr. 1940), núm. 9, pp. 1-5.

³⁰ “Conocimiento de la realidad. Conocimiento cuantitativo, ya que el error del liberalismo —no esquivado por el movimiento social contemporáneo— estriba en involucrar un problema de calidad en lo que es sólo problema de cantidad; en pretender resolver problemas de organización, de igualamiento que son cosa de peso y medida, con elementos puramente cualitativos; en espaciar problemas de duración, según el lenguaje bergsonian, tan querido para nuestro 1915.” GÓMEZ MORÍN, 1927, pp. 40-41.

prevalencia de las leyes naturales sobre “la ciencia natural y positiva fundada en la razón y en la experiencia”.³¹

Al igual que Maurras, más que católico Gómez Morín era un tradicionalista en lo social que veía en la Iglesia católica y en una religión mayoritaria, instituciones necesarias para contener los efectos disruptivos de la acción modernizadora de la economía y de la política. No obstante, y como lo ha demostrado la historia de la segunda mitad del siglo XX, la tensión entre tradición y técnica es más que eso, es una contradicción irresoluble, pues lo que el fundador del PAN definía como “Dominio [...] de los medios de acción. Pericia en el procedimiento que haya de seguirse para transformar los hechos según el tipo que proporcione el propósito perseguido”³² precipita —como él mismo lo dijo en varios escritos— la transformación de muchos de los valores y las actitudes que integran la tradición que se busca preservar.

Una diferencia adicional entre los fundadores del PAN era el lugar que cada uno atribuía a la política y a la economía en el origen de los problemas y —por consiguiente— de las soluciones sociales. González Luna creía en la estrecha relación entre moral y política, que lo conducía a sostener la primacía de ésta frente a la economía, porque según él, todo desembocaba en la política:

[...] un buen día la política llama a las puertas del hogar, y es el divorcio, o es la escuela socialista, o es cualquiera otra agresión abominable de esta especie [...] La norma primera de la acción política es la norma moral [...] Se ha pretendido, y por cierto por espíritus selectos, por inteligencias ilustres, que la política es solamente una técnica y que no tiene más ley que la del éxito. Frase inhumana, cruel [...]³³

³¹ ORY, 1987, pp. 361-369.

³² GÓMEZ MORÍN, 1927, p. 41.

³³ Efraín González Luna, “Discurso pronunciado en la Primera Convención Regional de Acción Nacional”, celebrada el 7 y 8 de enero de 1940. Tampico, Tamaulipas. Citado en *Boletín de Acción Nacional* (1º abr. 1940), núm. 9, pp. 1-5.

Esta última crítica parecería estar dirigida a Gómez Morín, quien por el contrario, pensaba que la economía era el motor del cambio, porque para él la verdadera política era la acción económica. Esta convicción, que pudo haber sido fruto de su trabajo profesional y de su intensa participación en el diseño de instituciones económicas del régimen de la posrevolución, se vio reforzada después de un viaje que hizo a España en 1927.

EL MODELO ESPAÑOL

La dictadura desarrollista del general Miguel Primo de Rivera dejó profundamente impresionado a Gómez Morín y tendría una influencia duradera sobre su proyecto político. La pujante actividad de la economía española, que —según él— había transformado el aspecto de los campos y las industrias de muchas regiones españolas, le causó una entusiasta admiración. Le asombró la exitosa aplicación de una técnica “moderna y rigurosa” en una atmósfera que había sabido mantener las virtudes caseras y la armonía social.

[...] La sola economía [...] está imponiendo nuevas formas de vida. A ojos vista se transforma Andalucía: nuevos riegos, terrenos recién abiertos al cultivo, plantaciones modernas [...] enorme incremento de producción, hechos todos que llevan por el camino de una nueva organización rural [...] Aquí como en el resto de España, bajo un aparente abandono y sin que se alteren todavía de modo sensible las formas externas que fueron impuestas por siglos de depresión, se va estructurando, va cobrando relieve una vida nueva.³⁴

³⁴En cambio, Madrid le provocó una reacción de rechazo: “[...] es la ciudad de funcionarios y rentistas, y en ellos el viajero no descubre a menudo sino la ociosidad y en lugar común”. Y continúa: “La política verdadera, que está por encima de los políticos, el trabajo y el verdadero reposo tan distintos de la empresa oficial y de la agitada ociosidad burguesa; la acción económica que construye, que elabora, que siembra, que planta; el trabajo en el taller, la construcción de presas, el perforar túneles y tender vías, difícilmente se ven desde Madrid”, GÓMEZ MORÍN, 1928, p. 67.

La experiencia española de la dictadura primorriverista (1923-1930) tuvo tanta influencia sobre la búsqueda gomezmoriniana como pudieron tenerla Bergson, Péguy, Maurras y Ortega y Gasset. Todo sugiere que fue para Gómez Morín más que un referente, un modelo a seguir, cuya validez para México defenderían él y muchos panistas de la primera hora desde entonces e incluso hasta finales de los años cuarenta.³⁵

Como se verá más adelante, la influencia sobre el proyecto gomezmoriniano de las ideas de la derecha civilista y legalista que se desarrolló en España en los años treinta estará presente en los inicios de Acción Nacional, en la propuesta de organización, en el programa y hasta en la base de apoyo social que buscó procurarse. La primera invitación explícita a volver los ojos hacia España la formuló el fundador del PAN a su regreso de ese país en 1928:

[...] España es hoy fuente viva de pensamiento y de acción. Y una fuente de cuyas aguas podemos beber sin miedo porque no nos traen como otras, elementos destructores. Una fuente en cuyo espejo podemos reconocer lo mejor de nosotros mismos, que no oculta nuestros valores, que refleja nuestras inquietudes, que comprende y compensa nuestras peculiaridades.³⁶

³⁵ La admiración que le inspiró la experiencia primorriverista a Gómez Morín fue tan profunda que lo llevó a justificar el golpe de Estado con el cual el general Primo de Rivera se había hecho del poder, incluso aunque se creyera que era un país sin norma “[...] porque aparentemente unos cuantos echaron a un lado la ley y en realidad esa ley, una pobre constitución sin arraigo, nunca tuvo valor, jamás coincidió con las normas vitales de España. España parece no tener libertad, y sólo vive y prospera porque su libertad está por encima de la fuerza que parece limitarla”. GÓMEZ MORÍN, 1928, p. 71.

³⁶ GÓMEZ MORÍN, 1928. Gómez Morín nunca se desdijo de esta admiración. En el prólogo a la recopilación de textos titulada *1915 y otros ensayos*, Miguel Estrada Iturbide cita la dedicatoria del ejemplar que regaló Gómez Morín a su hijo Juan Manuel: “¿Fue más amor que entendimiento? No me arrepiento, sin embargo, de nada de lo escrito”. Citado en GÓMEZ MORÍN, 1973a, p. 14.

Muchos de los temas que impulsaban la búsqueda de Gómez Morín también inspiraban las preocupaciones de distintas corrientes del pensamiento español de la época que apoyaron el golpe militar y el gobierno del general Miguel Primo de Rivera, hispanistas tradicionales como Ramiro de Maeztu y José Pemán. Estos autores desempeñaron un papel muy importante en la formulación del hispanoamericanismo, que años más tarde sería integrado a la doctrina de Acción Nacional. Pensaban que la nación era la más elevada de las sociedades naturales, una unidad irracional y mística, y rechazaban la idea de una asociación voluntaria que podía ser disuelta también a voluntad. Sostenían que el hombre no era un ser independiente, sino que lo veían como parte orgánica, inextricable de la comunión natural, eterna, que era la nación.

Característico de Gómez Morín fue que una de las figuras que más le impresionara en su viaje a España en 1927 haya sido José Calvo Sotelo, el tecnócrata de la dictadura, ministro de hacienda de Primo de Rivera, autor de la reforma administrativa y de la reforma municipal.³⁷ En la

³⁷ Como muchos dictadores Primo de Rivera prefería “los que hacían” a “los que pensaban”, y admiraba a ingenieros y tecnócratas como el monárquico Calvo Sotelo. BEN-AMI, 1984. Antes de ser designado secretario de Hacienda Calvo Sotelo había sido gobernador de Valencia y jefe de la Unión Patriótica —el fallido partido político de la dictadura— en Orense. Creó el monopolio petrolero español, Campsa, con base en los principios del nacionalismo económico, con el fin de atribuir al Estado los beneficios que hasta ese momento se llevaban la Standard Oil y Shell. A la caída de la dictadura primorriverista Calvo Sotelo se fue al exilio pero volvió y fue elegido a las Cortes como miembro de la Confederación Española de las Derechas Autónomas, CEDA, con base en un programa que combinaba justicia social y autoridad. El 13 de julio de 1936 fue asesinado, dos días después de haber denunciado las políticas del Frente Popular. En *España Fiel*, publicada varios años antes, Gómez Morín había rendido homenaje a Calvo Sotelo, autor del “milagro económico” que le parecía admirable, y de manera más explícita cuando al referirse al estatuto municipal, proyecto de Calvo Sotelo, en los siguientes términos: “[...] seguramente una de las mejores legislaciones autonomistas modernas y, a la vez, una clara manifestación del espíritu local al que tanto debe España”. *Ibid.*, p. 76. Los organizadores de Acción Nacional compartían esta admiración. En una carta (27 abr. 1939)

propuesta inicial de Acción Nacional encontramos el eco de las ideas que Calvo Sotelo desarrolló después como miembro de las Cortes españolas, cuando accedió como representante de la CEDA en 1935. Su “nuevo capitalismo”, demandaba la abolición del liberalismo económico y político, y la intervención activa del Estado, inspirada en el espíritu cristiano, para formar una economía mixta en la que las leyes controlaran los abusos de los banqueros, y transformaran el sistema de distribución de la riqueza, pero no las formas de propiedad. Se trataba de un programa de justicia social con autoridad.³⁸

La adhesión al hispanoamericanismo quedó en Gómez Morín y en el PAN, como huella permanente de esta influencia, como si el contacto directo con ese país le hubiera permitido reconocer los rasgos profundos de una identidad mexicana “auténtica”, a partir de la cual podría elaborar la doctrina que buscaba. En la conferencia que dictó a su regreso titulada *España fiel*, Gómez Morín propuso la recuperación de las raíces españolas de México, identificando las semejanzas que evocaban paisajes y tipos humanos. Estas expresiones eran también una toma de posición en la discusión que en esos años se desarrollaba en México entre quienes reivindicaban el pasado indígena y quienes, por el contrario, abrazaban el pasado español como quien se aferra a un paraíso perdido, a una época de oro que la independencia y el liberalismo habían destruido.³⁹

dirigida a Juan E. Caruilo, director de la revista *Bandera Argentina*, Fernando Robles explicaba el surgimiento del PAN y añadía: “[...] El jefe de esta hermosa cruzada es el licenciado don Manuel Gómez Morín, un hombre joven perteneciente a la generación más brillante de nuestra universidad, que ostenta una vida sin mácula y luce una de esas culturas mexicanas que por universalismo y humanismo hacen tremendo contraste con la inmundicia moral y la profunda incapacidad intelectual de los audaces que aquí comúnmente se adueñan del poder. En una palabra: Gómez Morín es un Calvo Sotelo”. Fernando Robles a Juan E. Caruilo (27 abr. 1939), AMGM.

³⁸ Calvo Sotelo sostenía: “El Estado debe asumir una misión tutelar de vigilancia y prevención sobre la creación y la circulación del capital”. ROBINSON, 1970, pp. 229-230. Véase también, p. 266, *passim*.

³⁹ Véase PÉREZ MONTFORT, 1992.

Su homenaje a la migración española llega tan lejos como para casi atribuir a las antiguas colonias españolas la pobreza de Castilla, en donde “[...] se ven todavía los dolores con que se alumbró el Nuevo Mundo. Su acción centrífuga de siglos llevó a otras partes el caudal de sus virtudes y su esfuerzo. Para ella no guardó nada: se acabaron sus árboles, se secaron sus fuentes [...]”.⁴⁰

Dado el tono de las relaciones entre el gobierno callista y España, el hispanismo de Gómez Morín tuvo desde el principio el carácter de una toma de posición frente al giro radical que empezaron a tomar los gobiernos de la pos-revolución,⁴¹ sobre todo en el terreno cultural, y puede considerarse que su defensa de la tradición española en México fue, después de su separación de la administración pública, una de las primeras manifestaciones de su distanciamiento del poder. El alcance político del hispano-americanismo gomezmoriniano es todavía más claro si recordamos tanto la hispanofobia popular que había aflorado en México desde los primeros años de la Revolución, como el efecto que pudo haber tenido el hecho de que la oposición vasconcelista levantara la bandera hispánica en su lucha contra el callismo.⁴² Por otra parte, en esos años las relaciones entre el gobierno español y el mexicano registraron tensiones derivadas de la mala imagen que proyectaba la inestabilidad política mexicana, en particular el conflicto cristero y el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón, todo lo cual alimentaba actitudes e impresiones hostiles hacia la revolución mexicana entre los católicos españoles que de continuo la equiparaban con la revolución rusa.⁴³

⁴⁰ PÉREZ MONTFORT, 1992, pp. 34-35.

⁴¹ Según Javier Garciadiego, Gómez Morín pasa a la oposición desde 1924, con motivo de la ruptura entre los delahuertistas y los obregonistas. Véase Garciadiego, doc. cit., pp. 32-36.

⁴² PÉREZ MONTFORT, 1992, p. 59, *passim*.

⁴³ Durante las elecciones españolas de 1933, la CEDA puso en circulación una propaganda que representaba el mapa de España atravesado por tres dagas: la masonería, el socialismo y el separatismo; además el mapa estaba cruzado por una línea roja que indicaba un eje Moscú-México. ROBINSON, 1970, p. 147.

Las simpatías de Gómez Morín encajaban perfectamente con la política primorriverista. El hispanismo era moneda corriente entre los nacionalistas y tradicionalistas españoles de la primera mitad del siglo XX, y durante la dictadura fue utilizado para apoyar una política exterior más agresiva, que pretendía conquistar para España un “lugar bajo el sol” en el plano internacional, sobre todo en el frente de la lucha contra el bolchevismo. Este movimiento contó con ideólogos como Maeztu, que fue también creador del periódico *Acción Española*, que era el órgano de difusión del Partido Acción Nacional —homónimo de la organización mexicana— que se fundó en España en abril de 1931.⁴⁴

Maeztu afirmaba que la hispanidad era una comunidad espiritual cuya esencia era el tradicionalismo católico, que la secularización del Estado español del siglo XVIII se había propuesto destruir, precipitando con ello “[...] la desunión entre el Imperio y los pueblos del nuevo continente...”.⁴⁵ Sus artículos serían reproducidos frecuentemente en las páginas de *La Nación*, el órgano del Partido Acción Nacional fundado en 1942; además era un feroz anticomunista que creía que la propuesta autoritaria y corporativista del social catolicismo era la única vía posible de reivindicación de los pueblos “hermanos de raza ibérica”, Gómez Morín entendía el nacionalismo mexicano como una extensión del nacionalismo español, pues no conside-

⁴⁴El Partido Acción Nacional se fundó en España (29 abr. 1931) al fin de la dictadura primorriverista con un programa de defensa de la familia, el orden, el trabajo y la propiedad, así como de la legalidad y contra la violencia. Promovía las enseñanzas sociales de la Iglesia y se inspiraba en el modelo de la Unión Católica de Bélgica, el *Zentrum* alemán, el partido socialcristiano de Austria, y los partidos católicos de Holanda y Suiza. Más adelante se verá que el Partido Acción Nacional en México parece también seguir muy de cerca este modelo. El 29 de abril de 1932, Acción Nacional española se convirtió en Acción Popular, una organización más radical y militante. Maeztu escribía: “Frente al bolchevismo, la dictadura. Frente a la subversión, las bayonetas. Tal es la fórmula del día. Y ello depende de la naturaleza misma del bolchevismo, que no es otra cosa que la revuelta del subhombre contra la civilización”. Citado en BEN-AMI, 1984, p. 122.

⁴⁵PÉREZ MONTFORT, 1992, pp. 88-90.

raba a España una influencia ajena a “la verdadera tradición nacional”, al menos no en los términos en que en 1939 condenaría al cardenismo por pretender —según él— “[...] encadenar a México a una ambición política que le es extraña [...]”, refiriéndose al marxismo o a lo que denominaba el frente-populismo; y al igual que los nacionalistas españoles de la época, Gómez Morín creía que la tradición católica era el único legado del pasado que podía servir de base a la construcción del futuro.

El rumbo que siguió la búsqueda de Gómez Morín fue el mismo que tomaron las corrientes de la derecha moderna que surgieron después de la gran guerra en Europa, que no defendían el orden establecido ni promovían la restauración del antiguo régimen sino que buscaban una nueva *polis*.⁴⁶ Compartía con ellas el rechazo al modelo del contrato social rousseauista, esto es, a la concepción liberal de que la sociedad se funda en un acuerdo de voluntades individuales guiadas por la razón. Sin embargo, ni Manuel Gómez Morín ni Acción Nacional recorrieron los caminos del racismo o del militarismo que siguieron muchos de sus contemporáneos. Tal vez al final de su vida el fundador del PAN haya lamentado que su condición de líder de una fuerza política irremediablemente minoritaria no le hubiera permitido desarrollar el poder de la asociación de la inteligencia con la energía, en el que siempre creyó. Tampoco renunció a su fe en la fuerza creadora de los valores espirituales, que era la piedra de toque de su alianza con los católicos, pero parece haber encontrado esta propuesta insuficiente e insatisfactoria, pues la inteligencia no siempre puede reconciliarse

⁴⁶ BARRIN, 1987, pp. 410-415. Al inicio de *1915 y otros ensayos*, Manuel Gómez Morín se quejó del aislamiento intelectual que había sufrido su generación por efecto de la Revolución, al mismo tiempo afirma que la desorientación que hipotecaba el futuro del cambio en México no era ajena a la crisis moral que la gran guerra había precipitado en Europa. “La gran guerra, además, de cuyos efectos no pudo sustraernos enteramente nuestro movimiento político, contribuyó en la desorientación trayéndonos promesas, inquietudes y valores que en vez de darnos una norma acrecieron el romanticismo y la aspiración mística alejándonos más de una definición tan urgentemente necesitada.” GÓMEZ MORÍN, 1927, pp. 14-15.

con la fe. De hecho, al mismo tiempo que los liderazgos de Gómez Morín y González Luna en Acción Nacional eran complementarios, había entre ellos una tensión latente que quedó inscrita en la doble identidad de un partido que desde sus inicios ha pretendido ser fuerza moral y política a la vez. Lo que parece indiscutible es que para Gómez Morín y su proyecto, el componente católico fue capital e hipoteca.

LOS CATÓLICOS Y EL PROYECTO GÓMEZMORINIANO:
¿ALIADOS O ADVERSARIOS?

El acercamiento de Manuel Gómez Morín al pensamiento católico lo condujo a los militantes católicos de la época, con quienes compartía afinidades en cuanto a visión de la organización de la sociedad, valores como el orden, la autoridad y las jerarquías naturales. Sin embargo, siempre hubo en esta asociación un elemento de conveniencia política, primero, porque la doctrina social de la Iglesia fue la única respuesta consistente que encontró Gómez Morín en su búsqueda de una *ideología*. Sobre todo fue así después de la segunda guerra mundial y el descrédito de la derecha corporativista, uno de cuyos escasos representantes era el franquismo que se convirtió también en símbolo de oscurantismo y retraso; y segundo, porque los militantes católicos podían aportar el apoyo organizado que requería la realización de su proyecto político. Pero esta asociación suponía costos tanto en términos de las convicciones políticas de Gómez Morín, que con todo y ser creyente tenía una visión completamente secularizada de la política, como en términos de su capacidad de maniobra. Como sus preferencias y sus objetivos en esta materia no estaban sujetos a una creencia ni a una autoridad religiosa, tenía una visión más pragmática y tolerante de la acción política que sus aliados, cuya intransigencia profunda tendía más a la ruptura que a la negociación. En su paso por la rectoría de la Universidad Nacional, Gómez Morín vivió por primera vez esta experiencia.

Manuel Gómez Morín se había planteado seriamente la posibilidad de organizar un partido político después de es-

cuchar el discurso del 1º de septiembre de 1928 del presidente Calles, y su compromiso con el desarrollo de instituciones democráticas y el respeto a la oposición. De ahí que, ante la inminencia de la candidatura de José Vasconcelos a la presidencia de la República, haya intentado convencerlo de la importancia de formar “organizaciones selectas, capaces de adquirir o de desarrollar fuerzas bastantes para imponer los nuevos principios en un medio que está absolutamente corrompido”,⁴⁷ que sobrevivieran a las personas y a los candidatos: “[...] es indispensable, sobre todas las cosas, que se procure la formación de grupos políticos bien orientados y capaces de perdurar”.⁴⁸ Pero Vasconcelos no atendió su propuesta, incluso, en apariencia la resintió casi como una ofensa personal. El desenlace de la campaña presidencial de 1929 y el comportamiento de Vasconcelos fueron prueba de que la oportunidad que Gómez Morín había avizorado era efímera o inexistente. Por más compromisos que el presidente Calles hubiera adquirido con el respeto a la divergencia política, y por más voluntad de regeneración que encarnara el antiguo secretario de Educación Pública, la élite revolucionaria en el poder y en la oposición demostró que aún no estaba preparada para la plena institucionalización de la lucha por el poder.

No obstante la frustración que le produjo la derrota de una campaña en la que pese a todo participó como teso-

⁴⁷Véase la carta (3 nov. 1928) que Manuel Gómez Morín dirigió a José Vasconcelos, en KRAUZE, 1976, pp. 273-278.

⁴⁸Un párrafo de esta carta sugiere que la insistencia de Gómez Morín en que se formara un partido, también respondía a una clara conciencia de la vulnerabilidad de las empresas individuales carentes de cobijo institucional: “[...] improvisar un grupo para jugar su destino como grupo histórico y el destino individual de sus componentes como hombres, en el albur de las primeras elecciones que se presenten, me parece indebido por temerario. En cambio, sí se puede hacer una gran labor si llega a constituirse firmemente un grupo que entre de lleno a la política con toda actividad y con todo valor, pero sin que necesite escoger desde luego a un hombre para presidente y sin cifrar su éxito y su tarea principal en dar el triunfo a ese hombre, así sea el mejor”. KRAUZE, 1976, p. 274.

ro, para Gómez Morín fue un antecedente de Acción Nacional,⁴⁹ y el partido de 1939 estuvo tan ligado a los universitarios y a la universidad como pudo estarlo aquel movimiento.⁵⁰ Sus promotores, sus primeros militantes, las personalidades que aportaron al PAN su autoridad moral y el sentido último del partido estaban estrechamente vinculados con la Universidad Nacional, o con la vida de las universidades del interior del país. Desde esta perspectiva cobra relevancia la experiencia de Manuel Gómez Morín, al frente de la rectoría de la UNAM en 1933-1934 como etapa previa para la maduración de su proyecto político. No significó únicamente —como lo afirma Juan Landerreche—⁵¹ la ruptura con el grupo en el poder, sino que también le permitió afinar sus propias ideas en cuanto al sentido de los partidos políticos y la identidad y funciones particulares de este tipo de organizaciones. Al término de su gestión como rector Gómez Morín elaboró un documento en el que distinguía con precisión la universidad de lo que llamaba los “organismos de acción”. Según él la primera debía estar orientada exclusivamente por “La ley del pensamiento. La actitud de búsqueda constante y de insatisfacción y de no conformismo [...]”, que debe regir las actitudes de quienes no aceptan “[...] una explicación o una creencia revelada por una divinidad omnisciente”.⁵² En cambio definía los “organismos de acción” en términos radicalmente opuestos, como

[...] instituciones orientadas exclusivamente sobre una creencia, partidos políticos, agrupaciones confesionales, corporaciones de toda índole expresamente instituidas para promover

⁴⁹ En el informe que rindió a la asamblea constituyente del partido (14 sep. 1939), Gómez Morín menciona tangencialmente esta experiencia refiriéndose a ella como un paréntesis en el letargo que había experimentado la conciencia ciudadana durante más de 30 años. Manuel Gómez Morín, “Informe a la Asamblea Constituyente de Acción Nacional, rendido el 14 de septiembre de 1939”, en GÓMEZ MORÍN, 1950, p. 5.

⁵⁰ Véase SKIRIUS, 1978.

⁵¹ Véase LANDERRECHE OBREGÓN, 1995, p. 62.

⁵² Manuel GÓMEZ MORÍN, “La universidad de México. Su función social y la razón de ser de su autonomía”, en GÓMEZ MORÍN, 1927, pp. 97-98.

la realización o la propaganda de ideas que se ofrecen al público como explicación completa de la vida o como solución definitiva de los problemas sociales.

Para esas instituciones queda reservada la adopción de los credos, la sumisión a la voluntad de capitanes indiscutibles, el empleo de las fuerzas muy poderosas de la mística social, la proclamación autoritaria de verdades supremas e incommovibles.⁵³

La mayor parte de este documento está dedicada a rebatir la injerencia del Estado en la vida universitaria, en esos momentos amenazada por la reforma del artículo 3º constitucional y por la extensión de la educación socialista a las universidades. Sin embargo, estos párrafos indican que durante su gestión como rector, Gómez Morín había palpado los riesgos que representaban para la universidad, además del Estado, aquellos que la confundían con “partidos políticos” o con “agrupaciones confesionales” dedicadas a la propaganda de doctrinas absolutistas y universalistas. La alusión a las “agrupaciones confesionales” llama todavía más la atención porque varios autores han insistido en asociar la causa de la autonomía universitaria, que en estos años estaba estrechamente asociada con la libertad de enseñanza, con la participación de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos (UNEC), en el rectorado de Manuel Gómez Morín.⁵⁴

Sin embargo, la historia de su rectorado sugiere que el apoyo de las organizaciones católicas le significaron al rector tanto costos como beneficios. Por una parte lo ayudaron a salvar a la universidad de la ofensiva del ala radical del Estado revolucionario; pero por otra, en su afán por instaurar su propio imperio en el terreno universitario comprometieron la idea gomezmoriniana de la autonomía universitaria, uno de cuyos aspectos centrales era la despolitización de la universidad. Si la candidatura de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República —que aunque se

⁵³ Manuel GÓMEZ MORÍN, 1927, pp. 97-98.

⁵⁴ Véanse CALDERÓN VEGA, 1959; CASTILLO PERAZA, 1990, pp. 33-41; GÓMEZ MONT Y URUETA, 1995, y LANDERRECHE, 1995.

hizo oficial en diciembre de 1934, desde octubre parecía más o menos inevitable— fue un elemento de consideración en la renuncia de Manuel Gómez Morín a la rectoría de la universidad, también lo fue el activismo católico que lo había llevado hasta allí, pero que después ya no lo dejó dirigir libremente la institución.

El bienio 1933-1934 fue un periodo extremadamente agitado en México tanto por las movilizaciones obreras y campesinas que se manifestaban contra el callismo, del PNR y de la parálisis en la que parecía haber caído la Revolución, como por la lucha que provocó la sucesión presidencial en el seno de la élite revolucionaria. Aunque el partido oficial era ya el centro de la vida política del país, la candidatura del general Lázaro Cárdenas que se dio a conocer en el mes de mayo de 1933 creó tensiones muy fuertes en el interior de la joven organización, que llegaron incluso a amenazar su existencia.⁵⁵ La identificación del candidato del PNR con el general Calles y con el ala radical del partido oficial contribuyó a crispar las relaciones políticas,⁵⁶ sobre todo una vez que se dio a conocer el Plan Sexenal adoptado por la II Convención Nacional Ordinaria del PNR y que debía ser el programa de gobierno del nuevo presidente. El documento insistía en los “objetivos revolucionarios” en todos los ámbitos de la acción pública, y estaba marcado por el nacionalismo, las denuncias antimperialistas y anticapitalistas, y por un acentuado anticlericalismo. También proponía la reforma del artículo 3º y la introducción de la educación socialista, que no era sino un nuevo episodio en la batalla por la educación que había emprendido la élite revolucionaria.

Desde la Secretaría de Educación, Narciso Bassols se había lanzado en 1932 a una intensa actividad reglamentaria des-

⁵⁵ Véase Luis Javier GARRIDO, 1982, pp. 145-149.

⁵⁶ Cárdenas tenía el apoyo de los elementos radicales, que se veían a sí mismos como socialistas, y que vieron fortalecidas sus posiciones con la movilización de las ligas agrarias y la creación de la Confederación Campesina Mexicana. Desde esta perspectiva la candidatura de Cárdenas puede ser vista como una táctica del general Calles destinada a neutralizar a estos elementos, promoviendo a uno de los suyos, al cual todavía veía como su incondicional. Véase MEDIN, 1982, pp. 133-137.

tinada a consolidar el control del Estado sobre la educación.⁵⁷ Su gestión estimuló la organización de la ofensiva católica en este terreno, una de cuyas trincheras centrales fue la universidad. No se trata aquí de analizar la conflictiva vida universitaria de los años treinta; sin embargo, la referencia a algunos aspectos de esta problemática puede contribuir a una mejor comprensión del tipo de fractura política que dio nacimiento al Partido Acción Nacional, así como la relación ambivalente del proyecto gomezmoriniano y de Gómez Morín con los católicos.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL:
REFUGIO DE LA JUVENTUD ANTICONFORMISTA

Desde los años veinte la Universidad de México era más que el escenario de las luchas entre grupos estudiantiles o políticos; era el objeto mismo de esas luchas, porque como toda revolución, la mexicana también se propuso transformar las actitudes mediante la educación, así como crear un hombre nuevo. El valor político de la escuela residía en su carácter de agente central para el cumplimiento de este propósito; pero también en el hecho de que la escuela, y todavía más la universidad, era el laboratorio, restirador y gabinete donde habrían de diseñarse los planes, o el proyecto de nación que debía orientar el futuro del país. Aun cuando no había desacuerdo entre los universitarios respecto al papel de la educación en la formación de una nueva sociedad, las divisiones eran muy profundas cuando se trataba de definir el tipo de sociedad que se buscaba formar.

Estas discrepancias estallaron ruidosamente a raíz del XI Congreso Nacional de Estudiantes celebrado en Veracruz en septiembre de 1933. Bajo la influencia de Vicente Lombardo Toledano —entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria—, la reunión concluyó con un documento muy radical que en cierta forma prefiguraba el Plan Sexenal. Afirmaba que “[...] la suprema forma de libera-

⁵⁷ Véase LOAEZA, 1988, pp. 101-110.

ción de las clases trabajadoras es la supresión de la sociedad dividida en clases [...]", y una de sus resoluciones centrales había sido que las instituciones de educación superior habrían de contribuir al "advenimiento de una sociedad socialista". También anunciaba que si el Estado no formulaba un "plan de control económico", o si el que elaborara no cumplía con los propósitos de crear una economía mejor organizada o provechosa para el proletariado mexicano, entonces tocaba a las universidades, los centros de cultura superior y las agrupaciones estudiantiles "la responsabilidad histórica ineludible" de estudiar y redactar el programa de control de la economía nacional.⁵⁸

De esta manera los universitarios —estudiantes y profesores— asumieron un papel protagónico en el debate ideológico de la época, pero divididos. Las resoluciones del congreso se anunciaron en una atmósfera de confrontación, uno de cuyos elementos era la efervescencia católica que había reanimado el anticlericalismo estatal.⁵⁹ Sin embargo, según Luis Calderón Vega —el cronista de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos y del PAN—, la ofensiva católica en la universidad se había iniciado antes, inmediatamente después de terminada la huelga universitaria de 1929 por la autonomía, porque "[...] los muchachos católicos estaban simplemente ausentes de la vida universitaria. Bastaba, por otra parte, que su filiación religiosa fuera conocida, para que automáticamente quedaran excluidos de la vida corporativa estudiantil [...]"⁶⁰ y se propusieron poner fin al "[...] arrogante monopolio sostenido por la selecta o simplemente audaz minoría de liberales, jacobinillos y socializantes que usufructuaban la organización estudiantil".⁶¹ El motor de esta ofensiva fue la

⁵⁸ LOMBARDO TOLEDANO, 1983, pp. 269-284.

⁵⁹ El 29 de septiembre de 1932 el papa Pío XI envió al episcopado mexicano un mensaje, *Acerba Animi*, en el que exhortaba a los católicos "a defender sin cesar los derechos de la Iglesia", en LUDLOW, 1989, p. 10. Entre 1932-1933 surgieron las Legiones, organización secreta que se proponía recuperar los cuadros y las bases de los militantes de la Cristiada.

⁶⁰ CALDERÓN VEGA, 1959, p. 58.

⁶¹ CALDERÓN VEGA, 1959, p. 58.

UNEC, organización estrechamente ligada a la Compañía de Jesús, a la Acción Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) nacida de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de México (CNECM), creada entre 1926-1927 y que en 1931 había cambiado de nombre.⁶² Su aparición desató los enfrentamientos con los estudiantes de izquierda “[...] aquella izquierda a la vez positivista y romántica, juvenil y bárbara, anticristiana y generosa que los gobiernos mismos tutelaban”,⁶³ y fundamentalmente antimperialista. Con el objetivo de poner fin al supuesto monopolio de la izquierda entre los universitarios, los estudiantes católicos multiplicaron sus actividades así como los enfrentamientos con los partidarios de la educación socialista.⁶⁴

En esta atmósfera polarizada tuvo lugar el Congreso de Jalapa y el Primer Congreso de Universitarios —inaugurado el 7 de septiembre de 1933—, una de cuyas resoluciones fue comprometer a las “universidades y los institutos de carácter universitario del país a orientar el pensamiento de

⁶² “En 1926 el P. Miguel Pro, funda la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos, que en 1929 se transforma en UNEC, bajo la dirección sucesiva de Ramón Martínez Silva, Jaime Castiello, Julio Vértiz y Enrique Torroella, jesuítas todos. Es una organización de combate en el medio universitario. Por medio de círculos de estudios, conferencias y cátedras van formando jóvenes. La UNEC pasó a la ofensiva en la UNAM en 1933 y Manuel Gómez Morín no hubiera llegado a la rectoría sin ella. Adaptada al medio universitario, la UNEC utiliza la técnica en uso para asaltar el poder, mediante las mesas directivas, y para ganar las elecciones en las asociaciones estudiantiles. Asesorada en 1937 por Jaime Castiello, [...] está en primera línea en el combate que opone la UNAM [*sic*] al presidente Cárdenas”, MEYER, 1981, pp. 13-24.

⁶³ CALDERÓN VEGA, 1959, p. 56.

⁶⁴ Luis Calderón Vega relata algunos de estos incidentes “[...] Puede decirse que cada mitin estudiantil o, mejor, cada maniobra de masas que Lombardo o los suyos organizaban con células estudiantiles, era una ocasión para la presencia y testimonio católicos. Un equipo, un grupo pequeño era suficiente.

“Los mítines de masas se centraban entonces en cuestiones capitales: la orientación de la universidad hacia el marxismo, la coeducación, la educación sexual, temas muy queridos por Lombardo. Sobre él llovía como confeti nuestra propaganda —la hoja, el grito, la porra, el mural, el disparo de la pregunta al orador [...]”. CALDERÓN VEGA, 1959, p. 62.

la Nación mexicana”⁶⁵ hacia el establecimiento de un régimen socialista. El compromiso se topó, en primer lugar, con la oposición de profesores y estudiantes de derecho y de la Facultad de Filosofía y Letras, suscitó apasionadas reacciones en la prensa —tanto el periódico *Excelsior* como *El Universal* manifestaron el más violento rechazo— y dio lugar a una acalorada polémica entre Vicente Lombardo Toledano y Antonio Caso quien sostenía que “[...]la consagración de un sistema social definido [al] colectivismo, como credo de la universidad” era inadmisible y contraria al espíritu mismo de la universidad y defendió la libertad de cátedra y la pluralidad ideológica inherente a una institución de esa naturaleza.⁶⁶

Más allá de esta polémica, el congreso fue una buena oportunidad para que los estudiantes católicos avanzaran en sus posiciones, con el apoyo del director de la Facultad de Derecho Rodolfo Brito Foucher, quien encabezó la oposición a esas resoluciones y respaldó el asalto de un grupo de estudiantes —presumiblemente miembros de la UNEC— a la Confederación Nacional de Estudiantes CNE,⁶⁷ que hasta entonces había estado en manos de simpatizantes del proyecto lombardista. El 10 de octubre de 1933 “[...] un grupo de estudiantes antimarxistas violó las puertas (de

⁶⁵ “Conclusiones aprobadas por el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos sobre el tema ‘La posición ideológica de la Universidad’”, en *Historia documental*, 1981, vol. 2, pp. 573, *passim*.

⁶⁶ “Primera intervención del maestro Antonio Caso en contra de las conclusiones formuladas por el Congreso de Universitarios”, en *Historia documental*, 1981, vol. 2, p. 578.

⁶⁷ Según Juan Landerreche, militante católico, la UNEC se sumó “[...] desde sus principios a la huelga estudiantil de 1933, deshicieron las maniobras socialistas del congreso Estudiantil de Veracruz [...], expulsaron a los líderes estudiantiles autores del Congreso y encabezaron y promovieron en toda la república la defensa contra la reforma socialista del artículo 3º constitucional. [...] Por supuesto que los estudiantes de la UNEC fueron tildados de reaccionarios y combatidos por antirrevolucionarios, pero en realidad estaban sólidamente preparados y tenían una formación moderna y avanzada para profundizar el planteamiento y el estudio de los problemas del país, fundados en los principios tradicionales humanos y religiosos con las proyecciones más modernas de las Encíclicas Papales...” LANDERRECHE, 1995, p. 59.

las oficinas de la CNE) para sacar al patio de la escuela muebles y archivos, de los que se hizo una pira entre el aplauso general”.⁶⁸

Esta acción puso de manifiesto los extremos a los que había llegado la politización de la universidad, en la que además participaban activamente tanto estudiantes como profesores y autoridades; desde la UNEC hasta el director de la Facultad de Derecho, el director de la Escuela Nacional Preparatoria y el rector. Los mismos profesores de esa facultad manifestaron de inmediato su repudio a la situación creada y presentaron al día siguiente una renuncia colectiva, firmada por profesores de las más diversas filiaciones políticas, para protestar contra los desórdenes, “el relajamiento de la disciplina” y los “métodos de autoridades, profesores y alumnos” que no se decidían “[...] a emplear el tiempo escolar solamente en la enseñanza y el estudio [...]”.⁶⁹

La consecuencia inmediata de la disputa fue una huelga organizada por los estudiantes de la Facultad de Derecho que se oponían a la universidad socialista; la movilización provocó la caída del rector Medellín Ostos y la expulsión de Lombardo Toledano de la institución; y también, en cierta forma en compensación, la renuncia del director de la Facultad de Derecho, Brito Foucher, acérrimo enemigo del lombardismo universitario. Para poner fin al conflicto, o para sustraer al gobierno del efecto de las querellas universitarias, el presidente Rodríguez otorgó la plena autonomía a la universidad, que fue también una manera de protegerla de la futura reforma del artículo 3º, con la cual él mismo no simpatizaba. Sin embargo, la universidad, fiel

⁶⁸ Para la crónica de esta huelga véase también MAYO, 1983, pp. 285-306.

⁶⁹ Texto de la renuncia de los profesores de derecho (11 oct. 1933). Citado en GUEVARA NIEBLA, 1983, p. 290. El grupo de firmantes es significativamente diverso porque incluye a Antonio Caso, Manuel Gómez Morín, Luis Chico Goerne, Miguel Palacios Macedo, Manuel Borja Spurr, Ricardo J. Zevada, Francisco González de la Vega, Antonio Carrillo, Agustín García López, Daniel Cosío Villegas, y otros más que se identificaban con la revolución mexicana plenamente, algunos de ellos incluso eran cardenistas, y no eran católicos.

espejo de las pugnas políticas nacionales y en plena lucha por la sucesión presidencial, también estaba profundamente dividida. Este conflicto podía haber sido otro episodio más de la larga inestabilidad que sufría la universidad desde los años veinte, pero su alcance fue mayor porque culminó con la ampliación de la autonomía universitaria, que significó que el Estado dejaría de intervenir del todo en la universidad. La decisión fue un triunfo indiscutible para los defensores de la libertad de enseñanza, ya que no sólo significó que la universidad no quedaría sujeta a los ordenamientos del artículo 3º constitucional sino que además los universitarios serían a partir de ese momento responsables del nombramiento de sus autoridades y profesores. Pero también con ello la Universidad perdió su calidad de institución pública y nacional.⁷⁰

Uno de los primeros efectos políticos de esta decisión fue aumentar el poder de las organizaciones estudiantiles, la CNE y de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), que, si bien estaban dominadas por los miembros de UNEC, también contaban entre sus filas a muchos estudiantes que no eran militantes católicos ni mucho menos, pero que defendían el principio de la libertad de enseñanza. Estas agrupaciones asumieron un papel muy activo en la reorganización de la institución, con representación paritaria en todas las comisiones universitarias que fueron creadas con esa intención. Fue un estudiante, que por cierto no pertenecía a

⁷⁰ En octubre de 1933 el presidente Abelardo L. Rodríguez firmó la ley que le otorgaba plena autonomía a la universidad. Esto significaba que las decisiones quedarían exclusivamente en manos del Consejo Universitario, pero daba por terminada la función subsidiaria del gobierno federal, le asignaba un patrimonio integrado por los inmuebles y equipos y una cantidad de diez millones de pesos como aportación para que se reorganizara. Esta decisión del presidente Rodríguez parecía propiciar la privatización de la Universidad Autónoma de México y fue la culminación de los innumerables conflictos y de la inestabilidad que provocaba el grado de politización que había alcanzado la universidad y las organizaciones estudiantiles, que en los últimos meses de 1933 asumieron un papel muy activo en la reorganización emprendida por Manuel Gómez Morín, con representación en todas las comisiones universitarias que fueron creadas con esa intención.

la UNEC,⁷¹ presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios y miembro del Consejo Universitario, José Vallejo Novelo, quien propuso a Manuel Gómez Morín, entonces maestro de la Escuela de Jurisprudencia, como rector interino con el encargo de que elaborara un proyecto de reorganización de la institución conforme a las nuevas condiciones que creaba la autonomía.

Pero el fin de la tutela del Estado sobre la institución no trajo la despolitización a la que muchos aspiraban, no liberó a las autoridades de la universidad de la injerencia de las gubernamentales ni de ataques de orden político, como hubiera deseado Gómez Morín. Así ocurrió porque las organizaciones estudiantiles, las que lo apoyaron al igual que las que lo combatieron, eran vehículo e instrumento de los intereses en pugna en el plano nacional.

A pesar de que el rector Gómez Morín contaba con el apoyo de la UNEC, para quienes su nombramiento había sido una victoria, su adhesión al rector no era incondicional porque la alianza *de facto* que estableció con ellos no le aseguró, de ninguna manera, el control del activismo católico. La UNEC no respondía a una autoridad universitaria sino a la de los jesuitas Ramón Martínez Silva, Jaime Castiello y Fernández del Valle y Julio J. Vértiz,⁷² quienes habían diseñado y dirigían la ofensiva católica en la uni-

⁷¹ Había sustituido a Alonso Garrido Canabal, líder de los estudiantes lombardistas, al frente de esta organización. Entrevista con Juan Sánchez Navarro, México, D. F. (7 jun. 1996.)

⁷² "Los tres se distinguían por su fidelidad al magisterio de la Iglesia católica, a los valores nacionales, a la filosofía aristotelicocomista y a la libertad plena, universitaria, para abordar las cuestiones racionales e histórico-culturales. En épocas en que todavía sangraban las heridas de la persecución religiosa y la guerra crístera, la UNEC vivió la epopeya intelectual de la revisión histórica nacional desde la perspectiva católica como una novedosa voluntad de superación —que no es liquidación, sino inscripción en horizontes más amplios— del conflicto." CASTILLO PERAZA, 1990, p. 35. En su semblanza del padre Vértiz, Calderón Vega incluye los párrafos de una carta que le envió en 1939, con instrucciones en cuanto a las posiciones que deberían adoptar en el II Congreso de la Confederación Interamericana de Estudiantes Católicos: "[...] debe pronunciarse muy alto, enfática, agresivamente, que LA HISPANIDAD sí es lazo apretadísimo y VÍNCULO UNIVERSITARIO NATURAL Y PROVIDENCIAL EN-

versidad. Las agrupaciones estudiantiles no se conformaron con la autonomía, sino que quisieron afianzar su triunfo introduciendo cambios que les aseguraran el control definitivo y a largo plazo de la universidad. El 23 de abril de 1934 la CNE, presidida por Luis de Garay, quien sería posteriormente un activo organizador del PAN, convocó a un Congreso en San Luis Potosí, feudo de Saturnino Cedillo, y anunció “[...] una plena reorganización [...] de la CNE, cuyo objetivo era consolidar el movimiento de autonomía ante los [...] usurpadores de los puestos de gobiernos en la universidad y agrupaciones estudiantiles. Los elementos *sanos* se ven obligados a intervenir para frustrar la comedia que ya se representaba”. También se proponían “[...] una revisión completa de las instituciones [para] erradicar las causas que provocaron tal situación”.⁷³

LA OFENSIVA CATÓLICA Y LA DERROTA DE GÓMEZ MORÍN

Esta declaración no era sino un recordatorio de que los estudiantes católicos estaban en pie de lucha, tal y como lo habían podido constatar el doctor Ignacio Chávez y la Escuela de Medicina desde enero de 1934. El 12 de enero, en un claro acto de provocación, dos estudiantes insultaron

TRE LA MADRE ESPAÑA Y SUS HIJAS DE AQUENDE EL ATLÁNTICO. El único cauce que reconocemos —como *divino*—, la única forma posible de la confederación de nuestras juventudes [...], CALDERÓN VEGA, 1959, p. 167. (Versalitas y cursivas del autor.) El padre Vértiz estuvo exiliado un tiempo en Estados Unidos por común acuerdo del presidente Cárdenas y el arzobispo Luis María Martínez, sin embargo, regresó a México durante el verano de 1938 “[...] con la comisión de preparar el ambiente para el futuro reconocimiento del gobierno franquista [...]”. Una vez aquí organizó un pequeño grupo llamado Escuadra Tradicionalista “[...] el colofón de la propaganda franquista en el país”, PÉREZ MONTFORT, 1992, p. 141.

⁷³ Citado en GÓMEZ MONT, 1995, pp. 386-387. Los estudiantes católicos miembros de los grupos *Lex* y *Labor*, dirigidos por los jesuitas antes mencionados asistieron en masa a ese congreso. En 1939 muchos de ellos serían miembros del comité de organización del PAN: Manuel Ulloa, Daniel Kuri Breña, Luis de Garay, Manuel Pacheco Moreno, Carlos Ramírez Zertina, Jaime Robles y Martín del Campo.

públicamente al entonces director de la facultad —doctor Chávez—, quien, con el apoyo de la mayoría de los profesores de la Facultad de Medicina solicitó su expulsión definitiva de la universidad. Entonces se inició un tortuoso conflicto que se prolongó durante más de seis meses. Contrariamente a lo que se hubiera esperado de un rector comprometido con la reorganización de la institución y el restablecimiento del orden interno, la disciplina de estudio y un clima de respeto a la pluralidad de opiniones, Gómez Morín se mostró extrañamente parcial y dubitativo frente a los estudiantes expulsados. De manera que sus relaciones con el doctor Chávez se deterioraron por una “[...] incompreensión recíproca [que] los fue llevando a discusiones violentas y enojosas”.⁷⁴ El resultado fue la separación de éste inicialmente de la dirección de la facultad y luego de la docencia en la universidad. Para Gómez Morín las consecuencias tampoco fueron pequeñas, ya que en el mes de agosto renunció la mayoría de los profesores de la Facultad de Medicina, entre ellos los más distinguidos. Si se recuerda que entonces ésta ya era la facultad más grande de la universidad, y el hecho de que Ignacio Chávez era uno de los maestros y científicos más reconocidos de la comunidad universitaria, cuyo compromiso con la reorganización de la institución era imposible poner en tela de juicio, es posible medir las consecuencias devastadoras que estos desarrollos tuvieron sobre el rectorado de Gómez Morín.

A lo largo de todo el conflicto la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Medicina se deslindó de éste y apoyó a su director, pero los estudiantes de derecho y de filosofía tomaron la defensa de sus compañeros expulsados, en particular de Pomposo Velázquez, quien era consejero universitario y durante el interinato de Gómez Morín en rectoría había formado parte de la comisión de administración. Con este respaldo logró, primero, que el rector le redujera la sanción a un año de expulsión y, segundo, que lo reinstalara como estudiante regular, pasando por alto la recomendación de los profesores de la Facultad de Medi-

⁷⁴ Fernando Ocaranza, en GÓMEZ MONT, 1995, p. 454.

cina, que lo consideraban un fósil (había ingresado en 1926), “insolente y desordenado”, mientras que el rector defendió débilmente su decisión aludiendo a “sus buenos resultados escolares”, aunque reconoció que había llevado a cabo “labor de agitación” y que había optado por el camino de la violencia.⁷⁵

El doctor Chávez había esperado que a cambio de su renuncia a la dirección de la facultad —presentada el 15 de enero— la rectoría expulsara a los estudiantes.⁷⁶ El conflicto se prolongó durante meses y adquirió proporciones más amplias porque la benevolencia del trato que recibió Pomposo Velázquez parece haber alentado su militancia, de suerte que durante todo el primer semestre de 1934 dirigió a un grupo que bloqueó de manera sistemática la aplicación del nuevo programa de estudios y del plan que había diseñado Chávez para la facultad. En estas circunstancias numerosos profesores se fueron sumando a su causa y cuando éste presentó su renuncia como profesor en el mes de junio, le siguieron en cascada los miembros más distinguidos de la propia facultad.

A lo largo de este tiempo de total inestabilidad en la Facultad de Medicina, el rector intentó convencer a los maestros que apoyaban al doctor Chávez de que retiraran sus renuncias, que las medidas aplicadas a los estudiantes habían sido justas y que, además, había separado a Pomposo Velázquez de su cargo ante el Consejo Universitario, que expulsarlo cuando estaba a punto de terminar la carrera significaba cortar de tajo “el futuro de un profesionista mexicano”.⁷⁷ Argumentos todos ellos bastante débiles. En la abundante correspondencia que intercambió con los profesores de la facultad, el reproche a Gómez Morín es el mis-

⁷⁵ Véase texto completo de la carta en GÓMEZ MONT, 1995, p. 456; Y para una documentación detallada relativa a este conflicto, GÓMEZ MONT, 1995, pp. 450-540.

⁷⁶ Aun después de la renuncia de Ignacio Chávez a la dirección y a pesar de que la rectoría le había prohibido seguir participando en actividades políticas, Pomposo Velázquez fue elegido vicepresidente de la sociedad de alumnos de la misma facultad.

⁷⁷ GÓMEZ MONT, 1995, pp. 454-455.

mo, su parcialidad, “su paternal complacencia” —o su debilidad— frente a los estudiantes.⁷⁸ Tal vez la carta más dura que haya recibido el rector haya sido la del doctor Salvador Aceves, quien le recordaba que él y sus colegas de la facultad le habían dado “la confianza íntegra que usted solicitaba” en noviembre de 1933, y que, sin embargo, el rector no había apoyado en ningún momento el intento del doctor Chávez de establecer la disciplina en la facultad, que al contrario sus decisiones habían demostrado que era “inútil esperar que se establezcan en la universidad las normas de respeto indispensables para un trabajo fecundo”.⁷⁹ Y concluía con un juicio que debe haber sido muy hiriente para el rector Gómez Morín: “[...] el caso Velázquez no tiene valor sino como índice del estado de quebranto de la disciplina y la impotencia o la falta de deseo de las autoridades universitarias para poner un límite a tal situación”.⁸⁰

Aunque no es claro que Pomposo Velázquez fuera un militante católico, lo que sí es cierto es que la CNE, domi-

⁷⁸ Los textos de las cartas que intercambié Gómez Morín con los profesores que renunciaron a su cátedra en la Facultad de Medicina a raíz de este conflicto, sugieren un agudo conflicto interno en el ánimo del rector que justifica sus decisiones con argumentos débiles o proposiciones generales en términos de “consideraciones evidentes de justicia” o confianza en “la disciplina interna” de cada individuo e inutilidad de las sanciones externas, y peor aún, el significado que podía tener para un joven ver truncados sus estudios. Los defensores del doctor Chávez le reprochan a Gómez Morín las divisiones en el interior de la facultad, la anarquía que había propiciado la “entrega de la facultad al grupo disidente” o el desprecio por la “dignidad y el decoro de los profesores”. Véase la carta del doctor Salvador Aceves en GÓMEZ MONT, 1995, pp. 470-475, *passim*.

⁷⁹ Y sigue “[...] Y usted, señor rector, dictó la reconsideración de su acuerdo de expulsión a sabiendas de que *ipso facto* acordaba la salida de la Facultad de uno de sus más ilustres, ¿el más ilustre? de sus catedráticos, y a la vez uno de los directores a los que más debe la facultad en todos los órdenes. [...] ¿Qué móviles pudieron haber determinado la reconsideración que la rectoría acordó en el caso Velázquez? Si lo fueron de carácter político, no encuentro por qué pudo haberse tenido en cuenta como factor político, únicamente a los estudiantes y no a los profesores que así resultaban vejados y heridos [...]”. Carta de Salvador Aceves a Manuel Gómez Morín (4 jul. 1934); en GÓMEZ MONT, 1995, pp. 492-493.

⁸⁰ GÓMEZ MONT, 1995, p. 494.

nada por la UNEC, tenía razones para lanzarse contra el doctor Chávez, quien había sido miembro —con el exrector Medellín Ostos, Lombardo Toledano, Julio Jiménez Rueda, secretario general de la universidad, el ingeniero Ricardo Monges López y el abogado Luis Sánchez Pontón— de la delegación de la Universidad Nacional ante el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos, con el que se había desatado la batalla por la educación superior. Además había apoyado en el Consejo Universitario, en su momento, la demanda de renuncia del director de la Facultad de Derecho, Brito Foucher. En cambio no había asistido a la instalación de la Asamblea Consituyente del 23 de octubre de 1933 con la que se habían iniciado los trabajos de reorganización de la universidad, y ya desde entonces los estudiantes habían manifestado inconformidad cuando se le nombró integrante de la Comisión Redactora de Estatutos.⁸¹ Pero quizá la mayor falta del doctor Chávez a los ojos de estos estudiantes haya sido que simpatizaba con el candidato del PRM, el general Lázaro Cárdenas. Además, es probable que consideraran que el plan de estudios del doctor Chávez atentaba a la moral, dado que uno de los incidentes más escandalosos vinculado con la Facultad de Medicina tuvo lugar en abril de 1934 con motivo de una manifestación —de orígenes bastante oscuros— contra la educación sexual, que era uno de los temas aborrecidos de la UNEC,⁸² que se celebró frente al edificio de la facultad donde se refugiaron los manifestantes porque intervino la fuerza pública que, además, intentó entrar al edificio.

Pero sin ir más allá en este conflicto entre la Facultad de Medicina y la rectoría de la universidad, lo que hay que destacar es que la hegemonía de los estudiantes católicos ali-

⁸¹ GÓMEZ MONT, 1995, p. 225.

⁸² En entrevista con María Teresa Gómez Mont, Juan Sánchez Navarro, quien era presidente de la Sociedad de Alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, afirmó que acompañó muy de cerca al rector Gómez Morín en las últimas semanas de su rectorado, al cual renunció (26 oct. 1934), porque Bernardo Ponce y él mismo "...éramos más como él y menos como los de Cuba 88 (la residencia estudiantil que albergaba a la UNEC)...". Citado en GÓMEZ MONT, 1995, p. 686.

mentaba la politización de la institución, pues habían hecho de ella la trinchera desde donde los jóvenes no conformistas de la época, los antimarxistas, le hacían la guerra a la izquierda en el poder. Según Luis Calderón Vega: “[...] La Universidad no era académica sino política, de ella tomaba el estudiante sus preocupaciones y sus orientaciones [...]”.⁸³ La efervescencia antisocialista y antigubernista de los estudiantes de la Universidad de México cobró nuevos bríos cuando sus colegas de Guadalajara les pidieron apoyo para lograr la autonomía. En esta atmósfera Gómez Morín vio hundirse su proyecto en la batalla ideológica que habría de dominar el sexenio del presidente Lázaro Cárdenas, y que en julio-agosto de 1934 apenas empezaba. Lo que Manuel Gómez Morín no quiso reconocer francamente es que sus aliados no apoyaron su proyecto de libertad de enseñanza e investigación, su idea de que

[...] la Universidad no está encargada de construir, de curar, de elaborar productos, de crear instituciones o regulaciones económicas, fines para los cuales sí necesitaría aceptar tesis exclusivas, sino que está destinada a investigar, a estudiar, a criticar, necesariamente debe proclamar como base de su trabajo, la perfectibilidad del conocimiento y la necesidad ineludible de la rectificación.

[...] en la Universidad no se trata de ejecutar ni de decidir, sino de buscar y de estudiar, el procedimiento [...] requiere [...] consideración objetiva, análisis y cotejo de fenómenos y explicaciones, porque de lo contrario en vez de un fruto maduro de conocimiento, se obtendría el mezquino resultado de una mera repetición rutinaria, sobre todo en los aspectos superiores de cultura, en los que por definición es indispensable admitir la relatividad del saber y la posibilidad de su ampliación por rectificación constante.⁸⁴

Sus propósitos de despolitización estuvieron comprometidos desde el momento en que tomó posesión como rector, con el apoyo de las organizaciones católicas, tan ene-

⁸³ CALDERÓN VEGA, 1995, p. 55.

⁸⁴ GÓMEZ MORÍN, 1973, vol. 1, p. 96.

migas de la libertad de cátedra como lo podían ser entonces los socialistas; pues tanto unos como otros siguieron utilizando la universidad como campo de batalla.

Sin embargo, si no reconoció explícitamente en su momento el costo que le había significado la hipoteca católica en la rectoría, diez años después, en 1944, lo hizo cuando fue llamado nuevamente para participar en una amplia reforma universitaria. Entonces se opuso sin ambigüedades a que las organizaciones estudiantiles fueran reconocidas como parte de las autoridades universitarias, y apoyó firmemente al rector Alfonso Caso en la elaboración de una nueva ley orgánica que excluía a estas organizaciones del gobierno de la universidad.⁸⁵

El documento antes citado que Gómez Morín elaboró semanas antes de presentar su renuncia a la rectoría ha sido leído como una defensa de la libertad de cátedra frente al Estado, y es indiscutible que uno de los temas torales es el problema de la contradicción entre lo que es el trabajo universitario y la imposición de una "orientación" obligatoria para ese trabajo. Sin embargo, muchas de las observaciones contenidas en el documento, sobre todo en las primeras páginas, tienen un alcance más general y están referidas a todo interés político que intente limitar la "acción libre" que es esencial para la universidad:

En el fondo de este asunto está una vieja pugna de actitudes: de una parte los que afirman, y cuentan con la prueba irre-

⁸⁵ En esa ocasión la CNE, todavía en manos de los católicos y con el respaldo del padre Vértiz, presionó para que el proyecto de ley orgánica reconociera mayor beligerancia a los estudiantes en el curso de los asuntos universitarios. El rector Alfonso Caso, con quien Gómez Morín había trabajado estrechamente en la elaboración de este proyecto, se convirtió en el blanco de ataque de los Conejos, véase *Tiempo* (21 dic. 1944), vol. VI, núm. 134. Según Jean Meyer, los Conejos era una sociedad secreta que había "perforado" a la UNEC, y que podía haber seguido los pasos de los Tecos de Guadalajara, que también formaron los jesuitas "para salvar a la Universidad del socialismo", y que "resultaron rápidamente fascistas y antisemitas [...]". En 1945 el arzobispo de México dio el orden de disolver la UNEC "y los conejos se acabaron por obra de Felipe Pardiñas, S. J.", MEYER, 1981, p. 14.

cusable de la historia, que la cultura es obra de libertad, de ensayo, de rectificación; de otra parte, los que se piensan monopolizadores de la verdad y hacen de la discrepancia un crimen y de la hoguera un método pedagógico.⁸⁶

Gómez Morín había podido constatar que los enemigos de la libertad sólo en apariencia pertenecían a campos políticos antagónicos, y que entre ambos habían derrotado su proyecto de autonomía universitaria. Pero también había palpado la energía del militante y el potencial movilizador de una situación polarizada que abría oportunidades para los “organismos de acción”, véanse los partidos políticos.

DE LA UNIVERSIDAD AL PARTIDO POLÍTICO

Algunos años más tarde Gómez Morín intentó movilizar los recursos de militancia y movilización católicos para la formación del Partido Acción Nacional. Tendría a su favor la revitalización del impulso transformador de la Revolución que lanzó el presidente Cárdenas, que si bien sentó las bases profundas de los cambios políticos y económicos de largo plazo que tocaría desarrollar a sus sucesores inmediatos, en el corto plazo tuvieron el efecto paradójico de debilitar al joven y titubeante Estado revolucionario. Estas circunstancias abrían perspectivas de triunfo para una oposición organizada, todavía más porque las políticas cardenistas habían agudizado los antagonismos internos.

Cuando en 1938 Manuel Gómez Morín inició sus actividades con el propósito de fundar el partido estaba también motivado por la convicción de que las condiciones del país eran tan graves que la participación se imponía como un deber a todo ciudadano consciente, al igual que lo había expresado desde casi una década antes:

⁸⁶ MEYER, 1981, p. 117. Esta alusión a la “hoguera” evoca de manera inevitable los métodos empleados por los estudiantes católicos en el asalto a la CNE, ya mencionado, que fue motivo de la renuncia de los profesores de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales poco antes de que Gómez Morín asumiera la rectoría.

[...] ¿No equivale la abstención a encenegarse en el conformismo reaccionario con el presente o a repetir el gesto inútil de una rebeldía incapaz de fructificar en acción y de crear nuevos valores [...] no concibo que dentro de la lógica vital pueda plantearse como una solución la abstención, la total indiferencia [...] ⁸⁷

Esta contundente preferencia por la acción y por la participación política no variaría posteriormente, ni siquiera después de las amargas derrotas del PAN en 1943, 1946, 1949 y en adelante. En los recurrentes debates que presencié en las sucesivas convenciones entre participacionistas y abstencionistas, Gómez Morín intentó mantener siempre una supuesta neutralidad; sin embargo, siempre fue consecuente con la decisión de 1939: si había optado por fundar y dirigir un partido político lo había hecho para participar. Para él, todo movimiento político-social era, por definición, una doctrina de acción. ⁸⁸ En las invitaciones que envió personalmente y en las entrevistas y declaraciones que publicó la prensa en los meses anteriores a la instalación de la Asamblea Constituyente del partido, que tendría lugar en septiembre de 1939, insistía en que el nuevo partido no tendría un carácter “académico ni pasivo”, y en que “[...] todo ciudadano si quiere serlo debe participar en la vida pública junto con aquellos que quieran hacer valer las mismas convicciones [...]”. ⁸⁹ Según él, el éxito de la nueva organización residiría en su capacidad para insertarse en la realidad:

⁸⁷ GÓMEZ MORÍN, “Conferencia a la Asociación de Estudiantes de Preparatoria del D. F.”, doc. cit.

⁸⁸ En respuesta a la pregunta que se le hizo en 1964 a propósito de la participación del PAN en la campaña almazanista, Gómez Morín respondió: “[...] Muchos proponían que el partido no tomara en esos momentos ninguna decisión sobre el candidato; pero entonces no habría sido un partido; habría nacido como una academia más, como un centro de estudios sociales y políticos; una cosa que no era lo que nosotros queríamos. Nosotros considerábamos esencial crear un partido político actuante”. En WILKIE y MONZÓN DE WILKIE, 1978, p. 57.

⁸⁹ “Entrevista con Manuel Gómez Morín”, en *Todo* (3 jun. 1939). AMGM.

[...] hemos de ser pacientes, ágiles, sostenidos. Por ello podremos obrar en la realidad, gobernarnos en ella, emplear sus instrumentos, tomar sus ocasiones, renunciar a peleas menores o a disidencias pueriles, sin transigir, sin componer, sin abdicar, realizando en la vida cotidiana en el trabajo menor de rutina misma, no lejos de la realidad; en la acción como en las grandes oportunidades, y en los momentos solemnes, el propósito sobrio, grave, definido que nos anima.⁹⁰

Gómez Morín tenía una idea muy clara de lo que era un partido político, un instrumento de participación directa en las funciones de gobierno y administración del país. No fue gratuito que en su discurso ante la Asamblea Constituyente afirmara que el partido nacía a iniciativa de jóvenes profesionistas “[...] en el umbral de la vida pública [...]”.⁹¹

⁹⁰ “Discurso del Lic. Manuel Gómez Morín” (3 dic. 1939) pronunciado ante el Consejo Nacional de la Institución. *Boletín de Acción Nacional* (15 dic. 1939), núm. 2, p. 10.

⁹¹ “Nació la idea de un grupo de jóvenes, de jóvenes en el umbral de la vida pública, puestos ante la encrucijada de caminos y de solicitudes, de obstáculos y de repugnancias que siempre, pero más particularmente ahora, se presentan al que empieza a vivir [...]”

“Con segura inspiración, estos jóvenes pensaron en la necesidad imperiosa de una acción conjunta para encontrar de nuevo el hilo conductor de la verdad y para dar valor a la acción que, si se limita al individuo, está normalmente condenada a la ineficacia, a la esterilidad, al desaliento.” GÓMEZ MORÍN, “Informe a la Asamblea Constituyente...” *op. cit.*, pp. 4-5. El cronista oficial del PAN, Luis Calderón Vega, apoya esta visión y cuenta que el partido también fue una iniciativa de los antiguos discípulos de Gómez Morín, relata que los antecedentes de la iniciativa eran la lucha por el rescate de la universidad, de la libertad de cátedra y de la autonomía universitaria. “Al maestro Gómez Morín recurrimos [...] el primer propósito, creo que el único formulado [...] fue revivir con él como candidato presidencial, los viejos laureles del vasconcelismo del que fuera uno de los autores.” CALDERÓN VEGA, 1959, p. 25. Sin embargo, 25 años después Gómez Morín contó una historia un poco distinta: “[...] Pensamos que era indispensable reconocer esa realidad (‘la falta de ciudadanía’) y empezar el trabajo desde la raíz: la formación de conciencia cívica, de una organización cívica. Decidimos, así, la organización del Partido. Empecé a recorrer la república reuniendo los grupos iniciales, desde 1938 [...]”. WILKIE y MONZÓN DE WILKIE, 1978, p. 56.

Es decir, su objetivo no era meramente doctrinal, tampoco se trataba de asumir una función meramente testimonial y mucho menos de un triunfo cultural de largo plazo. Los panistas de la primera hora se proponían, como los miembros de cualquier otro partido político, conquistar el poder tan pronto como fuera posible y actuar.

El participacionismo gomezmoriniano muestra un marcado contraste con las posiciones de Efraín González Luna, quien desde la discusión a propósito de la participación en las elecciones de 1940, expresó serias dudas al respecto, ya que consideraba que el PAN debería ser una institución de principios que defendiera sus doctrinas, pero sin mezclarse en cuestiones electorales. En 1943 durante el debate de la III Asamblea Nacional reiteró su postura en los siguientes términos:

Nosotros estamos comprometidos en una empresa deslumbrante de salvación nacional; nosotros estamos embarcados en nuestro propio barco, hinchadas nuestras velas por el viento del espíritu nuestro que es el espíritu mismo de la patria, de la cultura a la cual está sustancialmente incrustado México y no traicionará jamás; estamos nosotros embarcados para una travesía cuya realización de ninguna manera nos exige que tengamos ni representación, ni presencia, ni voz en la panza de la ballena.⁹²

Durante décadas el peso del autoritarismo del sistema político mexicano le dio la razón a González Luna, como si paradójicamente, el doctrinario hubiera hecho cálculos más realistas que el pragmático Gómez Morín en cuanto a cuál era la vía más apropiada para que Acción Nacional se convirtiera en una institución duradera.

⁹² "III Convención Nacional", *La Nación*, año II, núm. 83 (15 mayo 1943), p. 19.

SIGLAS Y REFERENCIAS

AMGM Archivo Manuel Gómez Morín. México.

ARRIOLA, Carlos

1994 "Origen y circunstancias", en *Ensayos sobre el PAN*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 9-28.

BAVEREZ, Nicolas

1993 *Raymond Aron. Un moraliste aux temps des idéologies*. Paris: Flammarion.

BEN-AMI, Shlomo

1984 *La dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Planeta.

BURRIN, Philippe

1987 "Autorité", en *Nouvelle Histoire*, pp. 410-415.

CALDERÓN VEGA, Luis

1959 *Cuba 88 —Memorias de UNEC—*. México: s.p.i.

CASTILLO PERAZA, Carlos

1990 "La primera oficialidad", en *El PAN nuestro*. México: Dante.

CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel

1991 *Historia de Rerum Novarum en México*. México: Instituto de Doctrina Social Cristiana.

GARRIDO, Luis Javier

1982 *El partido de la revolución institucionalizada. (Medio siglo de poder político en México.) La formación del nuevo Estado, 1928-1945*. México: Siglo Veintiuno Editores.

GÓMEZ MONT Y URUETA, María Teresa

1995 "Manuel Gómez Morín. Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (1933-1934). La lucha por la Libertad de Cátedra." Tesis de maestría en ciencias políticas. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

GÓMEZ MORÍN, Manuel

1927 *1915 y otros ensayos*. México: Cultura.

1928 *España fiel*. Conferencia con XIV dibujos de Maroto. México: Cultura.

- 1950 *Diez años de México; informes del jefe de Acción Nacional Manuel Gómez Morín*. México: Jus.
- 1973 "La Universidad de México. Su función social y la razón de ser de su autonomía", en GÓMEZ MORÍN, pp. 87-128.
- 1973a *1915 y otros ensayos*. México: Jus.

GONZÁLEZ LUNA, Efraín

- 1950 "Introducción", en GÓMEZ MORÍN, p. xiv.

GUEVARA NIEBLA, Gilberto

- 1983 *Las luchas estudiantiles en México*. México: Línea.

HAMILTON, Alastair

- 1971 *L'illusion Fasciste. Les Intellectuels et le Fascisme, 1919-1945*. París: Gallimard.

Historia documental

- 1981 *Historia documental del partido de la revolución*. México: Partido Revolucionario Institucional-Instituto de Capacitación política, 11 vols.

KRAUZE, Enrique

- 1976 *Caudillos culturales en la revolución mexicana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

LANDERRECHE OBREGÓN, Juan

- 1995 "Gómez Morín llega a la universidad y rompe con el régimen", en *Cuando por la raza habla el espíritu. Manuel Gómez Morín, rector de la UNAM, 1933-1934*. México: Centro Cultural Manuel Gómez Morín.

LETAMENDIA, Pierre

- 1989 *Eduardo Frei*. París: Beauchesne.

LOAEZA, Soledad

- 1988 *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963*. México: El Colegio de México.

LOMBARDO TOLEDANO, Vicente

- 1983 "Significado histórico de la polémica Caso-Lombardo", en GUEVARA NIEBLA, pp. 269-284.

LUDLOW, Leonor

- 1989 "Formación de una disidencia: el nacimiento de la Unión Nacional Sinarquista y el Partido Acción Nacional", en *Estudios Políticos*, nueva época, VIII (jul.-sep.), pp. 4-15.

MAYEUR, Jean-Marie

- 1980 *Des Partis Catholiques à la Démocratie-Chrétienne XIX^e et XX^e Siècles*. París: Armand Colin.

MAYO, Sebastián

- 1983 "La huelga universitaria de 1933", en GUEVARA NIEBLA.

MEDIN, Tzvi

- 1982 *El minimato presidencial: historia política del maximato, 1928-1935*. México: Era.

MEYER, Jean

- 1977 *Le Sinarquisme. Un Fascisme Mexicain? 1937-1947*. París: Hachette.

- 1981 "Disidencia jesuita. Entre la cruz y la espada", en *Nexos*, año IV:48 (dic.), pp. 13-24.

Nouvelle Histoire

- 1983 *Nouvelle Histoire des Idées Politiques*. París: Hachette.

ORTEGA Y GASSET, José

- 1991 *Antología*. Barcelona: Textos Cardinales-Ediciones Península.

ORY, Pascal

- 1987 "La nouvelle droite de la fin de siècle", en *Nouvelle Histoire*, pp. 560-571.

PÉREZ MONFORT, Ricardo

- 1992 *Hispanismo y falange. Los sueros imperiales de la derecha española y México*. México: Fondo de Cultura Económica.

PIERRARD, Pierre

- 1984 *L'Eglise et les Ouvriers en France (1849-1940)*. París: Hachette.

PRESTON, Paul

- 1994 *Franco, "Caudillo de España"*. Madrid: Grijalbo.

ROBINSON, Richard A. H.

- 1970 *The Origins of Franco's Spain. The Right, the Republic and Revolution, 1931-1936*. Inglaterra: University of Pittsburgh Press.

ROCK, David

- 1993 *La Argentina autoritaria. Los nacionalistas, su historia y su influencia en la vida pública*. Buenos Aires: Ariel.

SKIRIUS, John

1978 *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*. México: Siglo Veintiuno Editores.

WEBER, Eugen

1994 *The Hollow Years. France in the 1930's*. Nueva York: W. W. Norton and Company.

WILKIE, James W. y Edna MONZÓN DE WILKIE

1978 *México visto en el siglo xx. Entrevistas con Manuel Gómez Morín*. México: Jus.